

EL MOVIMIENTO DE OXFORD

(UNA EXPLICACIÓN PARA ARGENTINOS)

PUBLISHED BY JACK TOLLERS AT SMASHWORDS

COPYRIGHT 2012 JACK TOLLERS

Índice

[La Inglaterra de los tiempos de Newman](#)

[¡Keble!](#)

[Froude y Pusey](#)

[Newman y el movimiento de Oxford](#)

LA INGLATERRA DE LOS TIEMPOS DE NEWMAN

La Reforma en contexto.

Aquello que comenzó como una herejía más, como uno más de los innumerables alzamientos contra Roma que se sucedieron una y otra vez a lo largo de veinte siglos de la historia de la Iglesia, esta vez se convirtió en una catástrofe. Las ideas de Lutero, de Calvino y de Zwinglio se habían enraizado, es cierto, en algunas regiones de Europa y—con la complicidad de ciertas potestades seculares—lograron imponer ideas protestantes en algunas ciudades y principados de lo que hoy conocemos como Suiza, Alemania y Francia. Pero, considérese la cuestión con alguna pausa, poco más.

Los contrafácticos en materia de historia sirven de poco, pero si para algo sirven es para calibrar los efectos de un suceso determinado. En el caso que aquí nos ocupa, los invito a especular sobre la suerte del protestantismo en el mundo si Inglaterra no hubiese apostatado. Piensen solamente que en un mundo sólidamente católico, la Revolución Industrial, el Capitalismo y un gran poderío secular anti-católico (Inglaterra primero, Estados Unidos después) a su servicio habría sido impensable. Cómo habría sido eso ciertamente excede los límites de una especulación histórica razonable. Pero resulta indiscutible que la decisión de Enrique VIII de establecer una Iglesia Nacional en Inglaterra resultó una de las más dañosas para la Cristiandad, cuyos efectos fueron de tanta trascendencia que cuesta encontrar un paralelo en toda la historia de la Iglesia—en la que uno encuentra de todo, cómo no, pero no tanto mal, tan extendido en el espacio y en el tiempo, y que no ha sido remediado cuatro siglos después.

La Reforma en Inglaterra.

Y si para la historia de la Cristiandad fue una catástrofe, para Inglaterra fue, literalmente, una desgracia. A pocos años de su conversión, a mediados del siglo XIX, Newman pronunció uno de sus sermones más famosos—La Segunda Primavera—en la que se tomó el trabajo de describirnos lo que había sucedido:

Tres siglos atrás y la Iglesia Católica, esa formidable creación del Poder de Dios, se erguía con orgullo en este lugar. Contaba con los honores y el respaldo de casi mil años; se asentaba sobre unos veinte tronos episcopales a lo largo y ancho del país; se fundaba en la voluntad de un pueblo fiel; energizaba a la nación con diez mil instrumentos de poder e influencia; y se hallaba

ennoblecida por una multitud de santos y mártires. Las iglesias, una tras otra, celebraban y se alegraban con sus numerosísimos intercesores a cuya memoria se les dedicaba frecuentes homenajes de gratitud. Sólo en la diócesis de Canterbury podemos nombrar dieciséis templos y pueblos consagrados a ellos, desde San Agustín a San Dunston y San Elphege, desde San Anselmo a Santo Tomás hasta San Edmundo. La diócesis de York contaba con San Paulino, San Juan, San Wilfredo y San Guillermo; Londres se enorgullecía con San Erconwaldo; Durham con San Cuthbert; Winton con San Withum. Y entonces se le rendía tributo a San Aidan en Lindiffarne y a San Hugo en Lincoln, a San Char en Lichfield, a Santo Tomás en Hereford, a San Osvaldo y San Wulsan en Worcester, a San Osmundo en Salisbury, a San Birinus en Dorchester y a San Ricardo en Chichester.

Y luego, allí estaban también sus órdenes religiosas, sus establecimientos monacales, sus universidades, sus dilatados vínculos con toda Europa, sus excelsas prerrogativas en el orden secular, su fortuna, sus posesiones, la gran devoción popular—¿dónde hallar a lo largo y ancho de la Cristiandad una jerarquía más gloriosa? En estrecha unión con las instituciones civiles, con reyes, con nobles y con el pueblo todo, en cada villorio, en cada ciudad—la Iglesia parecía destinada a perdurar, tanto como perdurara la propia Inglaterra y aun, que sobreviviera impávida más allá de la grandeza del país.

Mas merced a un alto decreto del cielo, la majestad de su presencia fue borrada del mapa. Es una historia larga, Padres y hermanos míos, que vosotros bien conocéis. No necesito repetirla en detalle. El vivificante principio de la verdad, la sombra de San Pedro, la gracia del Redentor, la abandonaron. Aquella antigua Iglesia se convirtió en un cadáver (¡tremenda, terrible metamorfosis!); y fue entonces que comenzó a corromper el aire que alguna vez había purificado. De tal modo que todo parecía perdido; y durante algún tiempo se defendió y luchó, pero a la larga todos sus sacerdotes fueron expulsados o martirizados. Fueron innumerables los sacrilegios que se cometieron. Sus templos fueron profanados o destruídos, sus ingresos y bienes saqueados por codiciosos nobles o empleados para sostener a los ministros de la nueva fe. Finalmente la presencia misma del Catolicismo fue sencillamente erradicada—su gracia repudiada, su poder despreciado, y a la larga incluso su nombre, excepto como cuestión histórica, pasó a ser casi desconocido.

Se tardó mucho tiempo en llevar a cabo esta tarea de manera completa; mucho tiempo, mucha reflexión, mucho trabajo, mucho gasto; mas al fin, se logró. ¡Oh qué día miserable, siglos antes de que naciósemos! ¡Qué martirio no habrá sido vivir en aquellos días y presenciar cómo la bella forma de la Verdad era

prolijamente despedazada moral y materialmente, y ver cómo cada uno de sus miembros era amputado y arrojado al fuego o al fondo del mar! Mas al fin, la tarea había sido completada. La verdad fue eliminada y olvidada, y hubo una cierta calma, una especie de silencio—y así estaban las cosas cuando nacimos a este fatigado mundo.

La Iglesia Anglicana a principios del s. XIX.

Por pura casualidad vino a dar a mis manos un librito de Robert Hugh Benson—el autor de “El Señor del Mundo”, convertido también por influencia de Newman—que se llama “Denominaciones No-Católicas”, publicado en 1921 y que constituye una especie de manual instructorio para sacerdotes y seminaristas católicos que misionan en Inglaterra. Allí explica las mil y una complicaciones que la Reforma produjo en la Iglesia inglesa.

El pedacito de piedra desprendido de la Roca de Pedro se había fragmentado en cientos de piedritas y aun en miles de granos hasta que, llegando a nuestros días, uno ve cientos de miles de individuos que adhieren a la Iglesia Anglicana por las razones más diversas... Desde luego, es por esto que resulta tan difícil entender a la Iglesia de Inglaterra—sea uno simpatizante o enemigo de ella. Resulta posible—como le ha pasado a este escritor—encontrarse con tres ardientes anglicanos casualmente reunidos en una sala, gente religiosa y bien educada, que no pueden ni por asomo ponerse de acuerdo sobre los principios fundantes de la Iglesia a la que pertenecen. Excepto en un sentido legal, la Autoridad Nacional ha prácticamente desaparecido. Resulta posible encontrar a tiro de piedra a un teólogo Anglicano que predica el ciclo entero de la doctrina católica, con excepción de lo que se refiere a las prerrogativas de Pedro; y otro que niega la Resurrección, tanto como el nacimiento de Cristo de una Virgen; y más allá otro que se expresa en términos tan calculadores y oscuros que desafía cualquier análisis más o menos razonable.

Sin embargo, esto se debe en parte a la deliberada política de la Reina Isabel I y sus consejeros. Sin duda, ella quería que la Iglesia Nacional incluyese la mayor parte posible de los cristianos profesos, desde los Católicos hasta los Calvinistas; y durante algún tiempo lo logró.

En verdad, hoy mismo hay en la Iglesia de Inglaterra gente que en materia dogmática es lo uno o lo otro. En los días que corren hay unos pocos clérigos que sostienen la Infalibilidad del Vicario de Cristo, tanto como otros que firmarían sin dudarlo un instante la Confesión de Ginebra [...]

En síntesis, es de notar que no hay en la Iglesia Anglicana una Voz viviente

ante la cual los teólogos deben rendirse [...] Se supone que el Obispo, hablando en general, es el censor de la doctrina que se predica en su diócesis mas en la práctica, los clérigos del lugar que disienten con él, no dudan en afirmar sus propias opiniones y desechar sus indicaciones [...]

Los fieles de la Iglesia Anglicana pueden tener opiniones definidas sobre las doctrinas acerca de la Comunión de los Santos, la Presencia Real de Cristo en la Eucaristía o la existencia del Purgatorio, pero la Iglesia a la que pertenecen no.

El catolicismo a principios del s. XIX.

Newman nació en 1801 y vivió hasta 1890, con lo que siguiendo su vida se puede recorrer la Inglaterra del s. XIX. Cuando murió, cardenal católico, el país había cambiado completamente. Pero, en efecto, Newman nació en esa porción del mundo fatigado por la Reforma que se llama Inglaterra. Aunque más cansados estaban los católicos. Pocos y desprestigiados. Veamos la descripción que de ellos hizo Newman en la homilía que venimos citando. Los católicos habían sido reducidos a

...un puñado de individuos que podían contarse como lo que queda después de una hecatombe, un par de piedras, los detritus de una catástrofe... Por aquí un grupo de irlandeses pobres que aparecían en la época de siembra, algunos de los cuales se quedaban, alojados miserablemente en algún barrio pobre de las inmensas metrópolis. Por allá, tal vez un grave anciano, visto mientras caminaba por las calles, solitario y extraño, por más que tuviera noble porte, y del que se decía que era de buena familia, y “Católico Romano”. Por acullá una antigua casa con enredadera, de aspecto melancólico, escondida detrás de altas paredes, con un portón de hierro, y dentro de la cual, se decía, vivían “Católicos Romanos”; mas quiénes eran, o qué hacían, o qué se quería significar con aquello de “Católicos Romanos” nadie lo podía decir—bien que el mote despertaba resonancias desagradables y evocaba extraños rituales y raras supersticiones. Y luego, quizá, mientras caminamos de aquí para allá, mirando con los ojos curiosos de un joven mientras recorremos la ciudad, podríamos tal vez toparnos primero con una capilla Moravia o una casa donde se juntan los Cuáqueros y finalmente con una capilla de los “Católicos Romanos”: pero en vano, nada habríamos podido colegir de este último edificio a no ser que en su interior había velas ardiendo y algunos jóvenes vestidos de blanco balanceando incensarios. Y qué significaba todo aquello, sólo se podía aprender leyendo libros, libros de Historia y homilética protestantes. Y claro, no eran demasiado halagüeños cuando referidos a los “Católicos Romanos”, sino, al contrario,

invariablemente referían a lo mismo, cómo otrora habían tenido poder, y cómo habían abusado de él. Y luego, nuevamente, quizá en alguna ocasión podríamos haber oído la sarcástica referencia de un hombre de letras informándonos que, después de investigarlo prolijamente, pudo establecer que ésta era la recóndita diferencia entre los católicos de Inglaterra y los de Irlanda, que estos últimos tenían obispos mientras que los ingleses eran regentados por cuatro oficiales romanos llamados Vicarios Apostólicos.

Era la clase de noticia que se tenía sobre los cristianos en tiempo de los paganos quienes los perseguían con la intención de borrarlos de la faz de la tierra y luego los llamaba gens lucifuga, gente que rehuía la luz del día. Así estaban los católicos en Inglaterra, hallados en los rincones, en las callejuelas, en los sótanos, en las bohardillas o en los escondrijos del país; alejados del mundo bullicioso que los rodeaba, apenas percibidos en medio de una niebla o a media luz, como fantasmas que pasan sigilosamente de aquí para allá, entre los prominentes protestantes, señores del lugar. Tan débiles llegaron a ser, tan completamente menospreciados que ese mismo sentimiento dio finalmente lugar a una cierta compasión; y los más clementes de entre sus tiranos les dispensó alguno que otro favor en la convicción de que tan absurdas eran sus opiniones que bastaba con promoverlos en el orden civil para que rápidamente se deshicieran de tales supersticiones e incluso se avergonzarían de haberlas sostenido alguna vez. Y así comenzaron a vilipendiar nuestras doctrinas en el mundo protestante en la idea de que nuestra necesidad quedaría tan de manifiesto como para despertar lástima.

¡Tremenda metamorfosis y terrible contraste entre aquellos tiempos en que la venerable y multiseccular Iglesia de San Agustín y de Santo Tomás era honrada y este del pequeño resto fiel a principios del s. XIX!

Oxford.

En medio de aquella Inglaterra desolada por la Reforma estaba la Universidad de Oxford, una de las instituciones eclesiásticas más venerables, legada por la Iglesia Católica al mundo y cuyo genio difícilmente encuentre rival en el mundo. Probablemente sea la primera Universidad de Europa pues aunque se desconoce la fecha de su fundación hay testimonios de que ya en 1096 se enseñaba en ese lugar. Pero más allá de su antiquísima tradición, más allá de la belleza del lugar donde se encuentra emplazada, su donaire arquitectónico, sus campanas y cúpulas sin par, Oxford parece poseer un genio propio, un *genius loci*, que no sé cómo hallar comparanza adecuada en otro lugar. Alguna vez

Newman explicó que

La idea de que hay un *genius loci* no carece de fundamento y explica cómo las bendiciones o maldiciones se vinculan con ciudades y países y no con generaciones.

Cien años después de lo que aquí nos concierne, un joven novelista concurrió a esa Universidad. Años después escribió una de las mejores novelas del siglo, “De Regreso a Brideshead” y no resisto la tentación de transcribir aquí su sintética descripción del lugar.

En aquellos días Oxford era todavía una ciudad de acuarela. En sus espaciosas y apacibles calles los hombres todavía caminaban y conversaban como en tiempos de Newman; sus neblinas matinales, las grises primaveras y la rara gloria de sus días estivales [...] cuando el castaño florecía y sus prístinas campanas resonaban con frescura entre sus fachadas y volaba sobre sus cúpulas exhalando los suaves aires de centurias de juventud.

Era precisamente aquel silencio claustral lo que le daba resonancia a nuestras risas cuyos ecos jubilosos dominaban por sobre el clamor de la muchedumbre.

Así Evelyn Waugh, *circa* 1933. Dean Church, amigo y fiel discípulo de Newman, supo hacer una descripción de la Universidad de 1833, completando la escenografía del lugar donde habrían de ocurrir las cosas que aquí hemos de contar.

La escena de este nuevo Movimiento era tal vez como podría haber sido la de la polis Griega o la de una ciudad mediterránea de la Italia medieval. Oxford se erguía sola en la campiña al lado del río, muy relacionada con el resto de Inglaterra, pero, al igual que su hermana Cambridge, con una vida propia, completamente diferente a cualquier otro lugar de Inglaterra, con sus poderes y privilegios y excepciones a las leyes del común, con sus muy especiales modos de gobierno y orden, con sus usanzas y gustos y particulares tradiciones, e incluso con vestidos diferentes de los que usaba el resto de Inglaterra; el resto del país contemplaba a la Universidad desde fuera, con sumo interés pero con perplejidad, y sólo la conocía de mentas o por visitas pasajeras.

Y Oxford se ufanaba y estaba celosa de sus propias costumbres al igual que Atenas y Florencia en otros tiempos. Y al igual que ellas tenía sus curiosos modos propios y cortesías; su Convocación democrática y su propia oligarquía; sus rangos sociales; su disciplina, teóricamente severa y de hecho habitualmente laxa; sus instituciones independientes con sus propias corporaciones; sus facultades y colegios al igual que los gremios y hermandades de Florencia; sus rivalidades y discordias internas; sus capillas y facciones. Al igual que Atenas y Florencia, profesaban reconocer muy especialmente la supremacía de la

religión; Oxford alegaba ser una casa de adoración y educación religiosa, *Dominus illuminatio mea*, un lema demasiadas veces falsificado en los hábitos y temperamentos de la vida.

Se trataba de una comarca reducida, mas era muy conspicua; porque allí había mucho y un muy energético carácter y virilidad, puesto de manifiesto por los fines y exigencias de la vida universitaria; y aunque se moviera en una órbita separada, la influencia del famoso lugar sobre el resto de Inglaterra, aunque imperfectamente comprendida, era muy reconocida y muy de notar.

La descripción de Church es buena, pero también se aplica a la misma Oxford de tiempos pasados. He dicho que el lugar parece tener un cierto genio, y la historia parece confirmarlo. Piénsese en quiénes pasaron por sus claustros y digan si no. Enumero más o menos cronológicamente a algunos: Adam Smith, Tomás Moro, Edmund Campion, John Donne, Gerard Manley Hopkins, Oscar Wilde, Hilaire Belloc, Graham Greene, Evelyn Waugh, Alberto Einstein, T. E. Lawrence, Manfred von Richtofen, Dorothy Sayers, T. S. Eliot, C. S. Lewis, J. R. R. Tolkien, John Le Carré—sólo por mencionar a algunos que quizá ustedes conozcan. Como John Henry Newman.

Oxford, 1833.

En 1833, cuando Newman llega al lugar, la escena parecía preparada para lo que iba a venir. Sigamos con la descripción de Dean Church.

Las condiciones del lugar afectaron el carácter del Movimiento y los conflictos que engendró. Oxford reclamaba para sí ser el eminente guardián de la verdadera religión y la educación más ortodoxa; y por tanto el lugar donde la religión debía ser preservada en su pureza y vigor y también el lugar donde se debía ejercer la vigilancia más escrupulosa, no sea que se fuera a pervertir o corromper. Oxford era un lugar donde cada cual conocía a su vecino y lo medía y se le mostraba más o menos amistoso, más o menos repelente; un lugar donde las costumbres del día congregaba a los hombre todos los días y todo el día, juntándose para conversar o discutir, donde cada afirmación novedosa o nueva decisión daba lugar a infinitas disquisiciones y debates en los comedores o en las caminatas vespertinas. Y también por esta razón, los sentimientos y las sensaciones personales tendían a ser más agudos e intensos que lo que habitualmente ocurre en el mundo exterior: aquel con que uno no se llevaba bien o que era objeto de desconfianza estaba tan cerca de uno que resultaba mucho más irritante que cualquier otro perdido en el tumulto exterior. Por el contrario si un hombre atraía la confianza de sus colegas y encendía

entusiasmos, cuyas palabras resonaban continuamente en los oídos de otros y cuya conversación privada y vida privada concitaba simpatías y encanto, creaba en los que lo rodeaban no sólo admiración sino encendidos sentimientos de amistad o de ferviente discipulado. Y estos sentimientos pasaban de los individuos a los partidos; pequeñas facciones de un ejido restringido. En aquellos días de Oxford los hombres golpeaban y amaban y odiaban con una vehemencia que rara vez se vería replicada en la escena más amplia de la política parlamentaria en Londres o cuando se desataban controversias religiosas en el público en general.

Poco antes de ponerme a preparar estas fastidiosas charlas sobre el Movimiento de Oxford me preguntaba qué relevancia podía tener el asunto, qué podía tener que ver con nuestras vidas, nosotros los pobres descastados católicos de la Bella Vista del siglo XXI. Y sin embargo, salvando las distancias, ya ven ustedes. Pocos, que se conocen mucho, que conviven bastante, que creen en la supremacía de la Religión por encima de cualquier otro asunto, que asignan gran importancia a una liturgia digna, que sienten vivamente las amistades y las enemistades y que viven en una suerte de universidad más o menos virtual, hecha de libros y charlas como esta, ciertas mateadas a modo de tutorías, largas conversaciones peripatéticas, algunas clases y algunos destacados maestros, fieles discipulados y encendidas discusiones por asuntos que los de fuera miran con interés, cómo no, pero con perplejidad.

No, claro que no, Bella Vista no se parece a Oxford, qué va. Pero, no sé si me entienden, algo hay... un cierto *genius loci*, aquí también, que los de afuera no pueden sino reconocer, con mayor o menor inteligencia, con mayor o menor aprobación.

¿Y bien? Ya vamos viendo que a lo mejor, mi intuición primera, ésta de que dar estas charlas valía la pena, quizá no estuviera enteramente errada.

Dominus illuminatio mea.

¡KEBLE!

Oriel.

Si hemos hablado del *genius loci* de Oxford, quizás podamos amplificar con una lente el lugar—poner el “zoom” en la Universidad, puesto que, en la época que nos interesa, incluía una veintena de colegios, colleges, cada uno con su propia tradición, estética y eccentricidades.

Y detenemos en Oriel. Oriel era uno de los colleges más viejos de la Universidad y había cobrado señalado prestigio a principios del s. XIX por poner renovado énfasis en los estudios religiosos, la teología que se enseñaba a quienes serían en el futuro clérigos y obispos de la Iglesia Anglicana. Había ocurrido también que los “Fellows” inmediatamente anteriores a los que aquí nos ocupan (Whately y Hawkins por ejemplo) habían desarrollado una especie de “moda” que fue adoptada por sus sucesores y que caracterizaba a quienes estudiaran en Oriel.

Así lo cuenta el biógrafo de Pusey, Henry Parry Liddon:

La nota distintiva de Oriel era que alentaba precisión en el pensamiento, como base de una expresión exacta de las nociones desarrolladas [...] Todos practicaban en mayor o menor medida el método Socrático de precisar el pensamiento mediante recíprocas preguntas y respuestas [...] Como consecuencia, se desalentaban las palabras sofisticadas cuando se podía expresar lo mismo sencillamente; se ponía en evidencia cualquier formulación inexacta o parcial; todos estaban obligados a expresarse con claridad y se señalaba inflexiblemente cualquier inconsistencia entre una tesis en particular y la teoría general que le daba sustento.

El resultado fue, también, la aparición de cuatro grandes cabezas: Keble, Froude, Pusey y Newman, a quienes quiero presentarles, por su orden.

John Keble.

Y aquí entonces, corresponde introducir en la escena a John Keble, uno de los personajes principales de lo que luego dio en llamarse el Movimiento de Oxford.

Pero antes de continuar con esta historia, quiero destacar lo que a mi juicio constituye la primera nota distintiva de ese Movimiento. No es tan fácil articularlo con precisión, pero

me empeñaré lo mejor que pueda: . Cuando Keble murió, Newman se felicitaba porque un tal Padre Coleridge escribió una necrológica destacando las virtudes del fallecido—en una revista católica.

¿Santos? ¿Eran santos estos cuatro? Sí, posiblemente, cómo no—según el concepto que uno tenga de la santidad. Por mi parte, aquí refiero a esa rara combinación de virtudes opuestas en una misma persona, que, según Santo Tomás, sólo puede conciliar el Espíritu Santo: así, en estos tipos encontramos aunadas virtudes aparentemente contrarias como audacia y humildad, recato y coraje, cortesía y lenguaje franco, pureza y una delicada veneración por las mujeres, amor a la verdad y amor al que yerra. Todos ellos—por lo menos estos cuatro de los que aquí nos vamos a ocupar (Keble, Froude, Pusey y Newman) se destacaban por todas estas virtudes, pero con un plus. Tenían ese muy particular halo que los hacía tan amables cuanto queridos: muchos de sus contemporáneos coinciden en que tenían algo así como una aureola magnética—algo difícil de definir, que los volvía especialmente atractivos. Despertaban afectos encendidos y lealtades notables, y eso pese a que muchas veces hubieron de recriminar conductas, corregir defectos, denunciar errores y levantar banderas exigentes y muchas veces políticamente incorrectas o del desagrado de muchos.

¿Santo?

Y ahora, después de esta advertencia, otra. Tengo para mí que John Keble era: el más bondadoso, respetuoso, corajudo, humilde, (*“unassuming”, “unobtrusive”, “kind”*), y amable de aquel cuarteto. Así lo consideraba Newman, y así parece cuando uno se adentra en sus escritos y en su vida.

Fíjense cómo lo recordaba uno de sus amigos y principal biógrafo, Sir John Taylor Coleridge, después de una ininterrumpida amistad de 55 años:

Constituía la singular felicidad de su temperamento—notable incluso cuando todavía era muy joven—esta, la de despertar afecto... pero era un afecto siempre santificado por una especie de reverencia.

Y esa reverencia que concitaba no hacía que el afecto que despertara fuera menos tierno, sino que era un cariño que intensificaba la reverencia que por él teníamos.

Nacido en 1792 John Keble era nueve años más grande que Newman y había sido designado “Fellow” de Oriel en 1811 (por entonces Newman sólo tenía diez años de edad). Su padre había sido un clérigo de la llamada “High Church” anglicana, esto es, la rama

más cercana al catolicismo y menos afín al clima protestante que dominaba la Iglesia Anglicana. Así, el padre de Keble no había sufrido ninguna influencia metodista ni evangelista, que asignaba desordenada importancia a los sentimientos y subjetividad de la vida interior en detrimento de rituales y sacramentos. Por el contrario, los Keble pertenecían a la tradición menos heterodoxa de la Iglesia Anglicana, aquella que descendía de los teólogos llamados “carolinos” (los que en tiempos del Rey Carlos I habían querido restaurar las devociones y los ritos católicos) y de aquellos otros teólogos anglicanos más serios—como Laud, como Andrewes, como William Law—que siempre habían enfatizado el carácter católico, que no protestante, de la Iglesia Anglicana.

Anglicanos menos “Protestantes”.

Aquí le debo al público argentino una pequeña explicación. Si bien Enrique VIII y luego su hija Isabel I se apoyaron significativamente en teólogos protestantes como Cranmer y Tyndale para llevar adelante la Reforma en Inglaterra, y si bien con tal fin martirizaron a los sacerdotes y obispos católicos, suprimieron sacramentos y rituales, destruyeron altares, desecharon todas las devociones marianas y abominaron del Papa y su potestad, y si bien las obras de Lutero, Calvino y Zwinglio, fueron traducidas al inglés e inspiraron muchas de sus decisiones—a pesar de eso, limitaban la “protesta” por así decirlo, a denunciar corrupciones y supersticiones en Roma y el Papa—“adiciones” decían ellos, a la tradición de la fe verdadera—, defendiendo la idea de una Iglesia legítima, que, sostenían, descendía y era heredera de la Iglesia Primitiva y que, por tanto, era, como una “rama” desprendida del tronco Romano, pero no por eso dejaba de ser parte de la Iglesia Universal. Esta facción dentro de la innumerable variedad de sectas y confesiones que pueblan la Iglesia Anglicana—prebisterianos, episcopalianos, metodistas, cuáqueros, evangelistas, puritanos, etc. etc.—era, por definición, la llamada “High Church”, la Iglesia Alta (la llamada “*high and dry*”, alta y seca) denominación que responde al hecho de que esta facción estaba compuesta mayoritariamente de gente educada, intelectuales si se quiere, mentes especulativas y que habían concurrido a la universidad, sobre todo a Oxford. Con el tiempo fueron conocidos como “anglo-católicos”. Pero la designación original de “Iglesia Alta” respondía también a que pertenecían, a las clases más encumbradas. Así era el padre de John Keble. (Y así también, como lo veremos, lo eran Richard Hurrell Froude y Edward Pusey. No así Newman que provenía de un cierto “evangelismo” que ya explicaremos. Baste con señalar aquí que para llegar a Católico tuvo que recorrer un camino más largo que aquellos otros conversos que desencadenó el Movimiento de Oxford.)

Pequeña biografía.

El padre de Keble no mandó a su hijo John a ningún colegio, y el chico se destacó tanto en sus estudios, que al llegar a los quince años de edad, se ganó una beca para estudiar en el college de Corpus Christi en Oxford, siendo luego elegido “Fellow” de Oriel—o sea, promovido al cuerpo gobernante del College y hecho tutor—a los 19 años de edad, lo que constituía toda una proeza. Fue ordenado sacerdote en 1816 y desde entonces siempre quiso trabajar en una parroquia rural de la zona de Hampshire, a dónde iba siempre que podía. Finalmente, en 1823 (dos años después de que Newman fuera elegido “Fellow” de Oriel), se retiró a esa humilde parroquia—en el pequeño villorio de Hursley—donde trabajó silenciosa y consistentemente durante 35 años, prácticamente hasta su muerte.

En muy contadas ocasiones volvió a Oxford, prefiriendo la compañía de sus feligreses y de su propia familia.

The Christian Year.

Pero antes que nada Keble era poeta. Poetas fueron los cuatro, Keble, Froude, Pusey y Newman. John Coulson ha hecho un formidable trabajo explicando la importancia que tuvo la poesía para el Movimiento de Oxford. Como dijimos antes, la santidad de sus protagonistas era la primera nota del movimiento; aquí la segunda.

Como fuere, antes que ninguna otra cosa, antes que teólogo y vicario anglicano y amigo de sus amigos, Keble era un poeta notable. Quizás sus poesías no tuviesen el vuelo literario de las de Newman—en esto coinciden todos, excepto el propio Newman—pero era poesía sencilla, cándida, limpia y fácil de memorizar. En definitiva, buena poesía.

En 1827 y como fruto de sus estadias veraniegas en la parroquia de su padre durante tantos años, en ese pequeño villorio de Fairford, rodeado de la dramática campiña de los “Cotswolds” en el norte del país, cerca de Escocia, compiló una antología de poesía religiosa que dio en llamar “The Christian Year”, el año cristiano, que produjo un efecto enorme en la sociedad inglesa de entonces. El libro vendió como ningún otro, y comenzó una suerte de “merchandizing” cristiano pues empezaron a aparecer almanaques con versos de aquel libro—un poco al modo de los de Molina Campos entre nosotros. Lo cierto es que generaciones enteras de ingleses memorizaron parte de las poesías de Keble y su nombre era famoso en todo el país. Probablemente su popularidad era debido a que eran poesías más bien simples, con temas evangélicos y de rima fácil y algo convencional. Eran versos

candorosos y que tenían resonancias quasi- infantiles pero que le recordaba a los ingleses algunas verdades que habían olvidado algún tanto—como por ejemplo las Postrimerías, la importancia de los sacramentos, los papeles tan importantes de José y María en la vida oculta de Cristo, la amistad de Jesucristo con los niños, con María Magdalena, con sus discípulos. Por encima de todo, Keble alababa la santidad de la Iglesia. Pero también incluía enérgicos llamados a los cristianos para que vivan seriamente su fe, como por ejemplo aquella en la que dice

*Think not of rest; thou dreams be sweet,
Start up, and ply your heavenward feet;...
Till, when the shadows thickest fall,
Ye hear your Master's midnight call.*

Lo que, en traducción apresurada y torpe arroja algo así como

No penséis en descansar
Ni soñar con la dulzura,
Que allá en la noche oscura
El Maestro os llamará.

Pero, claro, la mejor equivalencia en castellano está en la famosa copla de Teresa de Jesús,

*Todos los que militáis,
debajo de esta bandera,
ya no durmáis, ya no durmáis,
que no hay paz sobre la tierra.*

Como comprenderán, no puedo traer más versos de Keble para exhibir su talante. Conformémos por ahora con el juicio de Newman que en su “Apología” supo decir de este libro que

En aquel tiempo el tono imperante en materia de literatura religiosa era tan poco vigoroso y tan débil, que la aparición de Keble era como la de una música nueva, la música de una escuela desconocida en Inglaterra.

Keble había resuelto corregirlos y guardarlos indefinidamente para que, en todos caso, fueran impresos después de muerto, pero sus amigos y sobre todo su padre lo decidieron a publicarlos. Así en junio de 1827 aparecieron en dos pequeños volúmenes editados por Oxford y como de autor anónimo. Sin embargo, muy pronto se supo que Keble era su autor y su fama, como ya he dicho, se extendió por todo el país. Esto a él no le hacía ninguna

gracia y se esforzó en negar la autoría de los poemas, no por falsa humildad, sino porque le parecía que los versos reflejaban demasiado exactamente su vida interior, su corazón, y le parecía impúdico y tal vez ilegítimo ventilar tales sentimientos religiosos de manera tan indiscriminada. Para que se den una idea de la popularidad de estas poesías tengan en cuenta que tuvo 158 (!) reimpresiones entre 1827 y 1872.

Carácter de Keble.

“*There goes Keble!*” decían en Oxford—así lo recuerda Newman—todos lo decían con admiración y reverencia por aquel petiso, rubio, de anteojos, andar lento y reflexivo. De Froude, de Pusey y sobre todo de Newman, hubo quien hablara mal, cómo no, en más de una oportunidad. De Keble, jamás, nadie. Cuando Newman descubrió aquel personaje que tanta influencia tuviera en su vida católica—San Felipe Neri—decía a quien lo quisiera escuchar que si Keble se hubiese convertido al catolicismo habría sido como el gran santo de la contrarreforma italiana.

Y no que Keble fuera indolente. Una vez, el fogoso Froude—del que ya hablaremos—lo visitó en su parroquia en compañía de otros dos amigos de Oxford. Keble los acompañó a tomar el tren cuando volvían a la Universidad y cuando Froude estaba a punto de ascender al tren, Keble le dijo: “Froude, esta tarde has dicho que “*Serious Call*” (el libro de William Law que tanta influencia tuvo en la conversión de C.S. Lewis, cien años después) te parecía un libro entretenido. Es como si dijeras que el Juicio Final será un espectáculo muy bonito”.

Era tremendamente anti-liberal al punto que—lo cuenta Henry Jennings—una vez, al visitar una de las familias de su parroquia, se enteró de que estaba en casa uno que profesaba ideas liberales en materia teológica. Informado de esto, se negó a ingresar, sentándose afuera en el porche.

La Apostasía Nacional.

En 1831 fue y sus clases en un muy distinguido latín atrajo alumnos de todos los colleges. En sus clases desarrolló extensamente la tesis de que toda buena poesía es necesariamente “tory” comenzando con la demostración de que Homero sostenía tesis conservadoras, o “de derecha” como tal vez diríamos ahora.

Total que a propósito de su cátedra siguió frecuentando a sus amigos de Oriel con quien se reunía semanalmente poniéndose así al tanto de lo que sucedía en la Universidad y el país. Las decisiones políticas de los “whigs” conmovían los ánimos, en particular una reforma

por la cual los empleados del gobierno ya no se verían obligados a jurar fidelidad al cristianismo y la Iglesia Anglicana. Total que el 14 de julio de 1833 predicó un famoso sermón sobre la Apostasía Nacional. Pero la ocasión del sermón fue a propósito de la supresión de diez sedes episcopales en Irlanda, lo que suponía una ingerencia del Estado en cuestiones religiosas que a Keble le parecía escandalosa, convencido como estaba de que la Iglesia era de origen divina y que las potestades seculares no tenían derecho a intromisión alguna en sus asuntos. Es más, fue uno de los primeros anglicanos en propiciar el “*disestablishment*”—la separación de la Iglesia y el Estado, que desde los tiempos de Enrique VIII ponían al Rey y al Parlamento por encima de toda autoridad religiosa.

El sermón de Keble sobre la Apostasía Nacional de 1833 es considerada como la fecha de nacimiento del Movimiento de Oxford, pues el sino específico del movimiento era el de denunciar las funestas tendencias laicistas de los liberales y las malas influencias de la Revolución Francesa en el Reino.

En el centro de su homilía hallamos planteado el siguiente interrogante:

Lo que hemos de considerar es lo siguiente, formulado en su mínima expresión: si acaso el liberalismo tan de moda en la presente generación no puede adscribirse en buena parte al mismo talante que llevó a los Judíos a degradarse voluntariamente hasta el nivel de los idólatras Gentiles [...] ¿Será “Apostasía” una palabra demasiado dura para describir el talante de una nación así?

Cuando Keble pronunció esta famosa homilía, Newman estaba ahí, recién vuelto de Sicilia en donde había recibido algo así como una visión—ya veremos cuál y cómo. Pero el sólo oírlo a Keble bastó para confirmarlo en su intuición de que había que restaurar el catolicismo en Inglaterra y liquidar al liberalismo para siempre.

El Movimiento comenzó con la publicación de los famosos “Tractos para estos Tiempos”—manifiestos anónimos de este grupo de amigos que circulaban profusamente por todo el país—y que llegaron a 90. Keble escribió sólo cuatro acerca de la sucesión apostólica de los Obispos, los principios que deben primar al elegir textos de la Escritura para el año litúrgico, acerca del matrimonio con un no-bautizado y sobre la mística de los primeros Padres de la Iglesia.

Los Padres.

Aquí me detengo a señalar la tercera nota del movimiento de Oxford. La primera, como dije, era la santidad de sus miembros, la segunda, el talante poético de sus protagonistas y

la tercera, su convicción de que el peor enemigo de la verdadera Religión se hallaba en el liberalismo. Pero la cuarta nota de este movimiento, tan importante como las anteriores, fue la de una acendrada devoción por los Santos Padres a quienes estudiaron con ahínco, tradujeron—Keble tradujo buena parte de las obras de San Irineo de Lyon—y divulgaron a los cuatro vientos, mostrando cómo la Iglesia Anglicana debía volver a creer en los dogmas y practicar los rituales de los primeros cristianos. Y no sólo era cuestión de rituales, porque como refiere Newman en su “Apología”, Keble le había enseñado

...el sistema Sacramental; esto es, la doctrina que sostiene que cualquier fenómeno material—que todas las cosas materiales son siempre a la vez tipo e instrumento de cosas reales pero invisibles.

Como ven, su percepción de la patrística enlaza con su devoción por la poesía. Así, a todos ellos, les encantaba estudiar a los Padres a quiénes, con toda razón, le asignaban una sabiduría perdida. No es este el lugar para abundar en el asunto, pero ese particular saber simbólico que tanto nos admira en autores ingleses como Chesterton, Lewis o Tolkien, seguramente procede del renacimiento de los estudios patrísticos por parte de Newman y sus amigos.

Keble, por ejemplo, era muy aficionado a San Efrén el Sirio y gustaba repetir su exégesis sobre el texto de San Pablo que tiene a Dios por un “fuego devorador”:

El Padre es el fuego; el Hijo es la luz; y el Espíritu Santo, el calor.

Newman visto por Keble.

Mas volviendo a lo nuestro. Cuando Newman publicó en 1841 el Tracto 90 se armó la gorda y el Obispo terminó con el asunto, prohibiéndole continuar. Pero Keble lo había visto antes, lo había alentado a Newman a publicarlo y lo defendió públicamente cuando buena parte de Oxford se volvió contra el autor del tracto con acusaciones de papista e incluso, de ser un agente encubierto de los jesuitas.

Y luego, en 1845 Newman se convirtió al catolicismo. Keble se quería morir, pues esto parecía darle razón a todos sus detractores y quedaba, junto con Pusey, los hermanos Wilberforce, Williams, Rogers, Faber, Gladstone y todos los demás en una situación imposible—entre los anglicanos protestantizantes y la Iglesia Romana. A pesar de la inmensa tristeza que le produjo la conversión de Newman, a diferencia de Pusey, jamás reprendió a su amigo por tomar tal camino—bien que no lo aprobaba—y siguió trabajando por la “recatolización” de la Iglesia Anglicana, dándole ánimo a Pusey que tomó la posta y

aconsejando a innumerables universitarios que lo consultaban frecuentemente en su perplejidad, sin saber si debían seguir los pasos de Newman o no. Se pasó los siguientes veinte años luchando por la causa del Movimiento de Oxford, siempre con un muy singular pesar por lo que había pasado con Newman. Después de su conversión, Newman lo vio sólo una vez, veinte años después: la reunión, que fue con Pusey también, fue uno de los momentos más tristes para los tres amigos que, tanto y tan bien habían luchado juntos y que ahora no podían ponerse de acuerdo.

Su muerte.

Pero no puedo dejar de mencionar las muy particulares circunstancias de su muerte. Los últimos años había estado enfermo, mas en 1866 su mujer súbitamente se enfermó gravemente y Keble se negaba a dejar la habitación donde estaba ella, cuidándola con conyugal amor. Con todo, un día se desmayó y los amigos lo sacaron de aquella habitación donde estaba su esposa, llevándolo al cuarto de al lado. Keble volvió en sí, pero delirante de fiebre, creyó que estaba en una Iglesia y se puso de rodillas a rezar el Padre Nuestro. Luego, siempre de rodillas, musitó algunas palabras incomprensibles y por fin una oración que su madre le había enseñado de niño (imagino que sería algo como el “Angel de la Guarda, dulce compañía...” que nos enseñaron a nosotros) y luego, allí mismo falleció, en brazos de sus amigos.

Keble visto por Newman.

En 1846 Keble publicó una segunda serie de poesías, la “*Lyra Innocentium*”, que dio lugar a un formidable trabajo de apreciación por parte de Newman, converso al catolicismo el año anterior. Es, a mi modo de ver, una de las mejores cosas de Newman, aunque menos conocida. Allí sostiene que, gracias a Keble la Iglesia Anglicana recuperó algo de lo que había perdido con la Reforma, que es, precisamente, su poesía.

La tesis es tan profunda cuanto incisiva y me veo obligado a dejarle la palabra a su autor.

[Keble] hizo por la Iglesia de Inglaterra lo que sólo un poeta podía hacer: la hizo poética [...]

La poesía, tal como lo demostró el Sr. Keble en sus conferencias en la Universidad, es un modo de aliviar la mente sobrecargada; es un canal a través del cual las emociones encuentran expresión, y eso de un modo seguro y ordenado. Ahora bien—continúa Newman, interrogándonos retóricamente—

¿qué cosa no es la Iglesia Católica, vista desde un punto de vista humano, sino una disciplina para los afectos y las pasiones? ¿Qué son sus cánones y prácticas sino la expresión ordenada de un sentimiento agudo, o profundo, o turbulento y, por tanto, una “limpieza”, como diría Aristóteles, del alma enferma?

La Iglesia es la poetisa de sus hijos; está llena de música para consolar al melancólico y controlar al rebelde—es fabulosa en sus historias para la imaginación del romántico; está repleta de símbolos e imagería de modo tal que los sentimientos más delicados, que no sabrían cómo expresarse en palabras, pueden comunicarse silenciosamente y hacerse presentes en el alma de cada cual. Su ser mismo es poético: cada salmo, cada petición, cada colecta, cada versículo, la cruz, la mitra, el incensario, es la concreción de alguna ensoñación de la niñez, o tal vez, la realización de una ilusión de la juventud.

Como ven, Newman se las trae, exhibiendo aspectos de nuestra Santa Iglesia que quizá se nos habían escapado. Y con esa aguda mirada, el crítico se aplica a las poesías de su amigo John Keble:

Ahora bien, el autor de *“Christian Year”* encontró al sistema Anglicano completamente desprovisto de este elemento divino que es propiedad esencial del Catolicismo—el ritual echado a los perros, pisado y roto en mil pedazos; las oraciones amputadas, trozadas, arrancadas, llevadas y traídas sin ton ni son hasta que el sentido de la composición original se perdió y los oficios que habían constituido tan noble poesía ahora ya ni siquiera eran buena prosa; antífonas, himnos, bendiciones e invocaciones, arrojadas al olvido; las lecciones de la Escritura convertidas en referencias vacías de significado; pesadez, debilidad, torpeza allí donde los ritos católicos antes habían desplegado alas livianas, frescura y la luz del Espíritu; suprimidas las vestiduras ceremoniales, apagados los cirios, robadas las joyas, aniquilada la pompa y circunstancia del culto divino. Y se sentía ahora un vacío lúgubre—que parecía el santo y seña de una espuria colusión con el mundo y que se imponía a los ojos, al oído, a las fosas nasales de quien quisiera tributar un culto digno a Dios; un olor a polvo y a humedad en lugar del incienso; [...] las armas de la Corona reemplazando al crucifijo; horripilantes y desmedidas cajas de madera desde la cual predicaban ceñudos ministros emplazadas en lugar del misterioso altar de antaño; y largas naves laterales sin uso alguno, separadas por rieles, como las tumbas (que eso eran) de lo que había sido y ya no era; y en lugar de la ortodoxia, una dogmática frígida, rígida, inconsistente, aburrida, incapaz, desvalida, que no podía fundarse debidamente y que sin embargo se mostraba intolerante respecto de cualquier enseñanza que contuviera alguna lección iluminadora y que resentía

cualquier intento de que se le diera sentido.

Así era la religión del dotado autor de “Christian Year”, a la que él no juzgó ni denunció (un profundo sentido de la reverencia se lo impedía), mas la adornó y renovó cuanto se podía renovar.

Colofón.

Hasta aquí el insigne John Henry Newman. Y bien, amigos: ¿con qué palabras había empezado esta diatriba?

Keble encontró al sistema Anglicano completamente desprovisto de este elemento divino que es propiedad esencial del Catolicismo.

¿Propiedad esencial del Catolicismo? ¿Sí, eh? Desde luego, traje a colación las profundas observaciones de Newman para destacar la poesía de Keble y el afán poético del Movimiento de Oxford, no para otra cosa. ¿Y qué sabía yo cuánto no se aplicarían estas mismas consideraciones a la devastada liturgia de la desacralizada Iglesia Católica del s. XXI? ¿Qué sabía yo—no, peor todavía—qué sabía Newman, al que algunos quieren rebautizar como “Padre del Concilio Vaticano II”, que su percepción de la Iglesia Anglicana en su hora más apóstata se podría aplicar 150 años después a la Iglesia Católica? Palabra por palabra. ¡Y qué no daríamos por un Keble para devolverle la poesía a esa “casa para el hombre” como llama Oscar Wilde a la Iglesia!

Poesía, cómo no, para esa “Ciudadela” que decía Saint Exupery, que es “mansión en el espacio, y rito en el tiempo”. Sí, claro que sí, nosotros también necesitamos poesía. Desesperadamente.

¿Cómo era aquello de San Efrén? El Padre es el fuego; el Espíritu Santo es el fuego; el Hijo es la luz...

Dominus illuminatio mea

FROUDE & PUSEY

El criminal.

En 1823 Keble dejó la Universidad de Oxford cuando estaba en el cénit de su fama. Pasó ese verano en el pueblo de Southtrop y, en una súbita inspiración, invitó a dos de sus pupilos a acompañarlo para leer juntos algunos textos religiosos (lo que por entonces llamaban una “reading-party”). Los invitados eran Isaac Williams y Richard Hurrell Froude. Williams recordaba el asunto con gratitud. Como la casa en la que paraba Keble no tenía muebles, les alquiló una pequeña chacra a cuatro millas de distancia.

Durante seis semanas paramos en esta chacra, cabalgando hasta Southtrop a diario, y al final, Keble nos alojó en la suya, donde amisté profundamente con Froude.

Era un hombre que venía de Eton, un poco mayor que yo, y también residía en Oriel. Era muy original en sus ideas y de modos sumamente refrescantes.

Tres años después, en 1826, Froude fue elegido “Fellow” de Oriel y comenzó a tratar con Newman y, con el tiempo, se lo presentó a Keble. Solía decir que era como el cuento de aquel asesino que había hecho una sola cosa buena en su vida. Para Froude, lo único bueno que había hecho en su vida había sido lograr que estos dos se entendieran.

Pero no, había hecho considerablemente más que eso.

Un grupo de amigos.

Nunca se insistirá bastante en lo que puede un grupo de amigos. En otro libro he intentado convencer de su importancia: de cómo un grupo de amigos unidos en el amor a la verdad y que se quieran dendeveras, a imagen y semejanza del Primer Colegio Apostólico en torno a Jesucristo, pueden revolucionar el mundo entero. No sólo porque “la unión hace la fuerza”, sino porque constituye una sociedad natural, eminentemente política, y cuando querida y bendecida por Dios es sobreelevada por la gracia y evoca y convoca a la Ciudad Celeste, esa que nos ha sido prometida, “la Nueva Jerusalén... que baja del cielo”.

Lo cierto es que el Movimiento de Oxford es ejemplo de precisamente esto que digo. Hasta aquí hemos apuntado tres notas del Movimiento, la santidad de sus protagonistas, su afición a la poesía y su reverencia por la patrística. Ponemos entonces ahora agregar esta

quinta nota, el culto de la amistad entre estos universitarios, de pareja condición social, mucho talento, integridad de vida y un genio entre cordial y humorístico que veremos repetido en torno al grupo de amigos que lideraban, cien años después, en la misma universidad, Tolkien y Lewis.

Pero además, tal como insiste Richard Meynell, el Movimiento inauguró en Oxford una cierta ternura en el trato que no se había visto en mucho tiempo, manifestaciones externas de cariño entre los amigos—ciertamente, muy viriles, no creo necesario aclararlo.

Es que para ellos, los sentimientos también tenían su lugar y debían expresarse, mal que les pesara a los puritanos.

Richard Hurrell Froude.

Si Keble fue el verdadero Padre del Movimiento, pues era mayor de edad y su palabra pesaba enormemente en quienes se avinieran a oírlo, Richard Hurrell Froude fue el motor de la cosa.

Hijo mayor de un arquidiócesano de Devonshire, Hurrell Froude se reveló ya de niño como un tipo fuera de lo común. La madre lo describió así:

Desde su nacimiento ha tenido un temperamento muy particular; amable, inteligente y atractivo cuando su mente no se hallaba perturbada y se encontrara en compañía de gente que lo tratara razonable y benévola; mas era excesivamente impaciente en circunstancias adversas; muy inclinado a divertirse embromando y tomándole el pelo a los demás; y prácticamente incorregible cuando era necesario recriminarle alguna cosa.

La vida de Froude estuvo profundamente marcada por dos influencias que refrenaron a este rebelde y que nos permiten incluirlo en la nómina de los “santos” del Movimiento de Oxford: su madre y luego, claro, Keble. A pesar de que su madre falleció cuando Froude apenas tenía 18 años, éste relejó muchas veces el diario de la buena señora y decidió hacer de su vida un calco de las preocupaciones espirituales, consejos morales y general espiritualidad tal como aparecían en los asientos de aquel diario. Hasta qué punto es esto cierto lo sabemos por el propio diario que llevaba Froude (algunos de sus extractos fueron publicados por Newman después de muerto con el título de “*Remains*”).

Pero Froude apareció al mundo como un joven riente, Harriet, la hermana de Newman lo describió como “*bright and brilliant*”, incluso un poco “*bon vivant*”, muy afecto a los caballos—pasaba por ser un jinete sumamente audaz—a la buena música, al vino y a los

amigos. Así lo describe Meriol Trevor, en su libro “The Pillar of the Cloud”:

Tenía ojos muy brillantes, grises, irónicos e incisivos. Era audaz, divertido, jocosos y estaba dotado de una enorme fuerza de voluntad. Le encantaba mofarse de los solemnes de siempre y también frecuentemente formulaba verdades de una manera que escandalizaba a los espíritus más convencionales. Tenía un elevado sentido del honor y un aristocrático desdén hacia cualquier tipo de lenguaje confuso o impreciso y denunciaba en alta voz al que se pronunciara con doblez. Había crecido en el campo, montando a caballo, cazando, pescando y navegando. Fue criado en la vieja tradición "High Church" y pertenecía a la clase más pertinazmente “tory” del país.

En 1828 fue designado “Fellow” de Oriel donde comenzó a tratarlo más a menudo a Newman. Los dos desconfiaron inmediatamente el uno del otro. Se comprende, si bien se mira: Froude era un verdadero “outside man” un hombre en habitual contacto con la naturaleza, Newman era un intelectual no habituado a la vida al aire libre, a la caza o a la pesca. El exterior de Froude le hizo creer a Newman que éste era un frívolo más de la alta sociedad inglesa, pronunciando ditirambos “*pour épater les bourgeois*” y poco más. A Froude se le antojaba que la timidez y recato de Newman escondían una personalidad pusilánime y de escasa valía. Y desconfiaba de los resabios “Evangelistas” de los que Newman sólo se libraría años después—en buena medida, por influencia de Froude. Tardaron algo de dos años hasta caer en la cuenta de que el respectivo exterior los indujo a engaño e hicieron migas a propósito de una recomendación de un médico que le recomendó a Newman que aprendiera a montar. Con la ayuda de Froude, muy pronto Newman se convirtió en un excelente jinete, gozando enormemente con el novedoso ejercicio—y con la sorprendente personalidad de Froude.

Alguna vez, Newman intentó definirla.

Hablo de Hurrell Froude como de un hombre de elevado genio, lleno hasta rebalsar de ideas y perspectivas originales. Y es que estaba dotado de una inteligencia tan crítica y lógica cuanto especulativa y audaz [...] Profesaba abiertamente su admiración por la Iglesia de Roma y su odio por los reformadores. Se complacía en el sistema jerárquico, el poder sacerdotal y la libertad de los hijos de Dios. Despreciaba la máxima de “la Biblia, sólo la Biblia, es la religión de los Protestantes” y proclamaba continuamente que el acceso a la tradición es el principal instrumento para aprender Religión [...] Le gustaba enormemente pensar en los santos [...] Abrazó los principios de reparación y mortificación. Tenía una profunda devoción y fe en la Presencia Real. La Edad Media era su pasión, mas no la Primitiva.

Como se ve, Froude no tenía nada que ver con el protestantismo típico de las clases media y baja de Inglaterra. Detestaba al liberalismo y se mofaba abiertamente del sentimentalismo evangélico.

En esto, fue apasionado discípulo de Keble y, como hemos contado, durante los veranos concurría con algunos compañeros de la Universidad a casa de Keble donde leían juntos libros de espiritualidad y patrística. De Keble aprendió y adhirió con pasión a las doctrinas de la Presencia Real en la Eucaristía y la Sucesión Apostólica de la Iglesia Católica. Su devoción eucarística era notable y—cosa rarísima en la Iglesia Anglicana de aquellos días—propiciaba la comunión frecuente. También combatió incisivamente lo que dio en llamar “la herejía de los gentlemen”, esa suerte de colusión entre las clases más encumbradas y el clero. En carta a su padre lo expresaba así:

La idea de que sólo un “gentleman” puede ser ordenado sacerdote es una estúpida veleidad protestante que debe ser definitivamente abolida.

Isaac Williams tuvo oportunidad de contar que Keble lo había sorprendido por su entrañable amor por los pobres. Seguramente bajo la misma influencia, Froude quería que los clérigos ingleses se pusieran a trabajar en los nuevos y miserables suburbios que había producido la Revolución Industrial y que abandonaran las confortables y apacibles sedes que tradicionalmente poseían en los pequeños pueblos de la campiña.

Keble quería especialmente al fogoso joven y entonces, aprovechándose de tal afecto, como ya lo he contado, Froude consiguió que se conocieran con Newman, siendo que ambos—por timidez o prejuicios, no lo sé—no querían ser presentados.

Froude era, además, como señalara Newman, un apasionado por la Edad Media, conocía la arquitectura gótica como pocos—una arquitectura casi desconocida en Inglaterra y símbolo del Catolicismo Europeo—y despreciaba a la Reforma con toda su alma. En él, puede decirse, todo lo encaminaba hacia el catolicismo—salvo el hecho de que su padre pertenecía a la jerarquía Anglicana y que conocía muy poco sobre la Iglesia Católica de su tiempo.

Mas Froude tenía nociones sorprendentes para un inglés de aquel tiempo. En la Apología, el propio Newman lo ha contado:

Tenía una alta y severa idea acerca de la excelencia intrínseca de la virginidad; y consideraba a la Santísima Virgen como el modelo de esto [...] Fue él quien me enseñó la doctrina católica acerca de la superioridad del celibato.

Aquí hay que entender que no estamos en tiempos victorianos, sino anteriores y que el

puritanismo no había hecho tanta mella en la sociedad inglesa como pasó después. Al contrario: se consideraba a los sacerdotes católicos como maniqueos, puesto que lo que a todas luces parecía un desprecio del sexo no podía ser cosa cristiana. Froude lo desasnó sobre esta cuestión y así ambos resolvieron, en secreto, permanecer célibes para consagrarse de lleno a su tarea de teólogos y sacerdotes. Pero nadie jamás acusó a ninguno de los dos de afeminados ni de misoginia. Y ambos desarrollaron la doctrina de que el matrimonio supone la más completa posesión de los cónyuges entre sí—posesión tan íntegra y eficaz que excluye la idea de consagrarse exclusivamente al apostolado o a causas más altas. Como alguna vez lo escribió claramente Newman:

El hombre ha sido hecho para la simpatía y el intercambio de amores—para negarse en beneficio de aquella persona que uno ama más que a sí mismo.

La virginidad del alma cristiana es el matrimonio con Cristo.

Menciono el caso porque sin Froude, difícilmente Newman habría arribado a tierras tan Católicas. Y hablando de eso, en 1832 los dos hicieron un largo viaje a Italia. Froude se encontraba prematuramente enfermo y el médico le recomendó un viaje por el Mediterráneo, oportunidad en que con su padre, invitaron a Newman a ser de la partida. Más adelante hablaremos del efecto de este viaje sobre el alma de Newman—y sobre la historia del Movimiento. Pero conste aquí, una vez más, la enorme influencia que tuvo este joven. Sólo para poner un ejemplo, fue él quien redescubrió el “principio de economía o de reserva” en sus estudios de los Padres y dio pie a que los Oxfordianos ahondaran en el asunto de “la disciplina del Arcano”, uno de los pilares del pensamiento de Newman y que constituye el revés de la trama de su teoría sobre el “Desarrollo de la Doctrina”. (Isaac Williams dedicó un sesudo Tracto sobre la disciplina del Arcano que fue perfectamente incomprendido, y como consecuencia, fue acusado de “jesuitismo”, lo que en aquel contexto equivalía a doblez).

Estando en Roma, Newman y Froude comenzaron una serie de poesías que intitularon “Lyra Apostólica” y que se iban publicando en una revista (“The British Magazine”) fundada por un simpatizante de Cambridge, James Hugh Rose. Las poesías tenían connotaciones bélicas y cuando se publicaron juntas en 1836, se pusieron bajo un epígrafe que Froude había elegido como divisa: se encuentra en Homero y es lo que dice Aquiles cuando vuelve al combate, de vuelta a su tierra natal:

Ahora que he vuelto, conoceréis la diferencia.

El tono de la divisa, entre zumbón y presuntuoso, exhibe a las claras que tanto Froude como Newman no ignoraban que combatían fuerzas poderosas, al *Establishment*

Anglicano anquilosado y perezoso, al liberalismo doctrinario que todo lo invadía y, sobre todo, a la tibieza de la inmensa mayoría de los cristianos, que no eran, ay, ni fríos ni calientes.

No es el caso de Froude, que tenía un temperamento fogoso—puesto al servicio de la causa que abrazó. Lord Blanchford contó cómo en una oportunidad, encontrándose varios amigos en las habitaciones de Newman, uno de los contertulios propuso reunir fondos para contribuir a los alicaídos ingresos de la jerarquía anglicana. Froude, que estaba recostado sobre un sofá, se incorporó y con vehemencia dijo:

“No sé ustedes, pero no veo por qué hemos de encubrir nuestros verdaderos propósitos que consisten en dictarle la doctrina a los clérigos del país; mientras tanto, en lo que a mí se refiere, no deseo que ninguno de ellos ascienda al púlpito”.

Cuando Froude murió prematuramente en 1836—tenía tan sólo 34 años—el padre le ofreció a Newman llevarse como recuerdo algún libro que había pertenecido a su querido hijo. Newman eligió el Breviario Romano que Froude había rezado a diario desde hacía años. Desde entonces, Newman también comenzó a rezar el oficio—bien que al principio las antifonas a la Virgen escandalizaban un tanto al otrora “Evangelista”. Las rezó, con todo, hasta vencer el prejuicio protestante que Froude jamás había conocido.

Como he contado, un año después de su muerte, Newman y Keble publicaron extractos de sus cartas y diario con el título de “Remains”. La publicación armó gran escándalo por la desfachatez con que este “*enfant terrible*” del Movimiento de Oxford se pronunciaba. Pero sirvió. Dean Church escribió muchos años después que

Después de la publicación de “Remains” nunca más se pudo pintar a los teólogos de la Reforma—con su confuso calvinismo, sus contradictorias afirmaciones, su extravagante deferencia por los oráculos de Ginebra y Zurich, su servil deferencia para con gente mala en el poder—como héroes y santos de la Iglesia Anglicana.

Fue también Froude quien desbarató entre sus amigos el absurdo mito de creer que había un Dios inglés y que cualquier pase hacia los católicos romanos debía interpretarse como traición a la patria. Y nadie parecía más inglés que él. Por o demás, con su desfachatez y afición por hablar con lenguaje tomado de las clases sociales más baja, Froude escandalizaba a los más acartonados teólogos y solemnes autoridades de Oxford.

Se dijo de él—y de sus amigos—que poseían dos vicios contrarios. Ahora bien, si el Espíritu Santo puede conciliar virtudes contrarias, ni Satanás podría unir en una sola

persona los vicios que se le achacaban: excesiva franqueza y doblez.

Su prematura muerte en 1836 desconsoló a Newman como ninguna otra—y agregó por entonces unos versos a su poesía de tres años antes que había intitulado “Sobre la separación de los amigos”:

Dearest! He longs to speak as I to know,
And yet we both refrain:
It were not good; a little doubt below,
And all will soon be plain.

Son versos que no me animo a traducir en verso, sino prosaicamente:

¡Carísimo!
Él anhela hablar cuanto yo anhelo saber.
Y con todo, ambos callamos.
No sería bueno: aquí abajo, conviene un poco de duda.
Que pronto todo quedará patente.

No hay lugar aquí para abundar sobre Hurrell Froude, mas conviene retener lo dicho por Louis Bouyer: lo importante en Froude no estaba tanto en lo que decía, sino en lo él que era: finalmente, un cristiano divertido y muy serio, polifacético y consistente, inteligente y de gran sensibilidad, compasivo e inflexible, y, por decirlo todo de una buena vez, como Bartolomé, de una sola pieza y sin doblez alguna.

Pusey.

Dos años después que Newman ingresó como “Fellow” de Oriel un personaje que también como Froude, venía de Eton. Y como él, también daría que hablar: Edward Bouverie Pusey. En una pequeña “Memoria” que llevaba por entonces, Newman anotó las impresiones que le hizo el joven:

Exhibe escasa y enrulada cabellera siempre mojada, debido a las húmedas compresas que se aplica debido a sus frecuentes dolores de cabeza. Camina ligero, con porte juvenil, aunque cuando se detiene suele adoptar una pose un tanto inclinada y mira a sus interlocutores desde abajo, con ojos que apenas se asoman por entre sus frondosas cejas; tiene espaldas redondeadas y lleva la túnica desabotonada a la altura de los codos, las mangas flotando al viento. Tiene una apariencia sumamente dulce y se muestra parco en el hablar.

Pusey también pertenecía a las clases más encumbradas del país. Los Pusey eran terratenientes desde que se tenía memoria (una leyenda sostiene que las tierras le fueron donadas por el Rey Canuto en 995), uno de sus abuelos era Marqués, el otro Vizconde. Pusey nació en “Pusey House” y el pueblo del condado de Berkshire en que nació, adivinen ustedes cómo se llamaba. Sí señor, ¡Pusey! Había nacido un año antes que Newman, en 1800 y como él, fue longevo, pues también falleció a los 82 años de edad. Su padre aparece como un excéntrico tirano que se negó a casarse hasta que su propia madre falleciera. Casó a los cincuenta con una Lady Lucy y Edward fue el segundo de tres hijos varones. Lady Lucy, su madre, también era muy severa y aún siendo muy anciana se tenía muy rígida cuando sentada y jamás revelaba sus sentimientos. Con todo, crió a sus hijos en las viejas tradiciones “High Church” y Edward, desde muy chico, resolvió consagrarse al ministerio sacerdotal y a estudiar sólidamente su Religión. Ciertamente, no tenía el talante creativo e imaginativo de Newman, pero se mostró precozmente como un incansable “scholar” amasando una cantidad y variedad de información que resulta sorprendente. Más bien tímido, no era muy sociable y sin embargo se enamoró perdidamente desde muy joven de una tal María Barker. Ahora bien, como el padre desaprobaba las opiniones políticas de quien sería su consuegro le prohibió casarse. Muchos atribuían sus frecuentes dolores de cabeza a esa prohibición, pues Pusey fue leal con su padre, no lo desobedeció, pero también permaneció fiel a su amor por María durante más de diez años. Finalmente, en 1828, su padre falleció y recién entonces Pusey casó con el amor de su vida.

Aquí me veo obligado a señalar este asunto que a mi parecer no carece de importancia. De los cuatro jinetes del Movimiento de Oxford, dos resolvieron mantenerse célibes mientras que los dos que casaron, Keble y Pusey, fueron maridos fieles y amantes de sus esposas hasta el fin. Pero a Pusey la viudez evoca la de C.S. Lewis tal como la describe en su “Pena Observada”.

También es de notar que María Barker no era cualquiera. A medida que su marido se exigía más en términos de ascesis y entrega, ella lo acompañaba. Hay varias cartas de Pusey a su mujer en la que explica que se niega a predicar sobre la caridad para con los pobres—porque él y su familia todavía tienen muchas posesiones. Al fin, y por parecerse a la Sagrada Familia, resolvieron vender sus caballos y carro—desde entonces, desplazándose a pie—y ella se deshizo de todas sus joyas y alhajas para proveer a las numerosas obras de caridad a las que se dedicaba con tanto empeño cuanto discreción: sólo los pobres se enteraban de lo que los Pusey hacían por ellos y su testimonio, después de fallecidos ambos, resulta conmovedor.

Newman los conoció en 1828, cuando recién casados y residentes de una casa de Christ Church College del cual Pusey era canónigo. Presentó a Newman a su flamante esposa con estas palabras:

“Señora, le presento a quien es mucho más que yo. Cualquier duda, deberá referírsela a él”.

Y sí, la mujer era de ideas un tanto deístas, pero gradualmente fue adoptando las convicciones de su marido y, por las dudas, Newman la rebautizó conforme a los viejos ritos. Newman era especialmente querido en esa casa y compartió con ellos los pocos años de felicidad que allí pasaron. Las hijas de Pusey jugaban con la frecuente visita y él, Newman, se divertía enormemente con ellas.

Pero lo cierto es que en 1839 María Barker se enfermó gravemente y el médico le anunció que la cosa no tenía remedio y que fallecería en poco tiempo más. En su dolor Pusey se echaba culpas, como si las tribulaciones de su esposa se debieran a pecados suyos. Tanto Keble como Newman atacaron con ternura tales remordimientos, consolándolo con inteligencia e infinita comprensión. Ni bien falleció la buena mujer, Lady Lucy, la madre de Pusey—contra la voluntad de éste y con empecinado instinto maternal—mandó a llamar a Newman. Pusey describió la visita de Newman en una carta a Keble como “la visita de un ángel”, tanto consuelo le produjo.

Pero quedó desconsolado hasta el fin de sus días. Fue enterrada en una nave de la Catedral de Christ Church, en Oxford (donde Pusey había estudiado) y Pusey recordó aquel día una y otra vez hasta el de su propia muerte. Muchos observaron que cuando cruzaba el gran patio de la Catedral, Pusey se encorbaba más de lo habitual, manteniendo la cabeza gacha. La cosa se hizo tan notable que una vez le preguntaron por qué y contestó que nunca había podido olvidar la visión que tuvo del paño mortuorio flameando sobre el ataúd de su mujer—y que temía volver a verlo. Una vez, muchos años después, octogenario ya, una de sus hijas apareció en su escritorio presentándole una flor de verbena. Pusey estalló en lágrimas y le explicó luego que el día que propuso casamiento a su madre, ésta le había entregado una flor así.

Mas las tribulaciones de Pusey no terminaron allí. Cinco años después, su hija mayor, Lucy—que siempre había estado más o menos enferma—falleció a los quince años de edad. Para comprender el alma de Pusey, asomémos al relato de su muerte, tal como se lo contó a Newman:

La lucha fue tan larga y tan dura que no podía dejar de pensar que en cierto modo se trataba de la realización de un voto que ella me reveló haber hecho dos

años atrás y que era el de morir mártir [...] Súbitamente sus ojos se abrieron notablemente y jamás he visto una luz semejante, como si ella hubiese visto lo que para nosotros permanece invisible; luego, después de un momento, me miró directamente a la cara y apareció en su rostro una sonrisa que ya no era de este mundo; tan llena de amor estaba. Nunca he visto cosa parecida a aquella sonrisa: no había ruido alguno en la habitación, que si no habría parecido que reía de júbilo—y a mí mismo me costaba refrenar risas de alegría a modo de respuesta [...] Y ahora... pues no cambiaría esa sonrisa por nada de este mundo... No puedo entristecerme por alguien a quien he visto radiante bajo la luz del cielo.

Mas volvamos atrás, al año 1823. Habiendo llegado a Oxford, descubrió que no había lugar para hospedarse en Oriel y entonces se hospeda en una pensión de la High Street. Allí residía Newman, con lo que presumimos que es entonces que se hacen amigos.

Dos años después, uno de sus colegas le comenta a Pusey que sólo dos personas en Oxford sabían Alemán y ninguno de esos dos sabían Teología. Le sugiere a Pusey que aprenda el idioma pues de allí soplaban vientos de exégesis racionalista que harían estragos en Oxford si no se los refutaba adecuadamente. Pusey se puso a estudiar el idioma y entre 1825 y 1827 hace dos viajes al país. Estudia en las universidades de Göttingen y Berlín, y allí conoce a los grandes eruditos de la época, los grandes especialistas en lenguas orientales, Eichorn y Tholuck y los increíblemente eruditos Strauss y Schleiermacher. Intima con estos tipos pero pronto descubre que su racionalismo prácticamente equivalía a la infidelidad. Quiere estudiar Hebreo para demostrar la verdad de las Escrituras y refutar el racionalismo imperante, pero resuelve primero estudiar Arabe como forma más sapiencial de acercarse a la Lengua Sacra de los Judíos. Al cabo de siete consistentes años de intensos estudios—con jornadas de entre catorce y dieciséis horas de trabajo diario, y siempre con violentos ataques de jaqueca—Pusey dominaba a la perfección el Alemán, varias lenguas arábicas, el Arameo y el Hebreo. Pero ya en 1828 fue designado en la cátedra de Hebreo, ordenado y hecho canónigo de Christ Church. Tenía sólo 28 años y sus eruditas clases daban que hablar. En carta a Newman le dijo que temía por la responsabilidad en la cura de almas, que le parecía escandaloso que se le pagara por ello y que había aceptado la ordenación como una consagración al saber.

Su primer sermón, al igual que el primer sermón de Newman, era una apelación a la santidad.

Ocurrió también que la Bodleian Library, la fantástica biblioteca de Oxford, había recibido un legado de unos 25.000 papiros en lengua Arabe cuyo catálogo había empezado un tal

Dr. Nicoll pero que nunca alcanzó a terminar. Pusey lo hizo a la perfección, entre clases y debates, charlas con sus amigos y permanentes denuncias del racionalismo exegético, del liberalismo en materia religiosa y de toda intromisión de los poderes seculares en el gobierno de la Iglesia Anglicana. Eso, siempre con sus infaltables compresas sobre la cabeza cuyos dolores nunca cesaban de molestarlo. Así y todo, en 1928 publicaba su primer libro intitulado “Una Encuesta Histórica sobre las Causas Probables del Carácter Racionalista de la Teología Alemana”. Muy pronto acuñó el concepto de “Ortodoxismo”, la noción de que la Ortodoxia consiste en un apego exterior a ciertas fórmulas a las que se adhieren algunos sin vida interior y sin saborear su contenido misterico. Adoptó la noción de su profesor de historia en Alemania, Neander, y ya viejo, en 1878, se lo contó a su biógrafo Henry Parry Liddon:

Le pregunté a Neander cuál era la raíz del Racionalismo Alemán. El me contestó que residía en “la ortodoxia muerta” lo que en mi primer libro dí en llamar “ortodoxismo”.

(Esto pasaba entre los luteranos. ¿Y quién iba a saber que el mismo vicio afectaría también a la Iglesia Católica, como tan brillantemente lo explica Louis Bouyer?).

De modo que, como ven, Pusey aporta algo más al Movimiento de Oxford: si Keble aportó el gusto por la poesía, y Froude la pasión por la Edad Media, Pusey aportó una inmensa erudición puesto al servicio de la verdadera Ortodoxia, levantando banderas anti-liberales con fundamento en la verdadera Tradición de los Padres. Y no estaría mal anotar aquí como sexta nota del Movimiento de Oxford el afán con que estudiaron todos, con la excepción, quizá, de Froude. Fue quién le regaló a Newman las obras de San Gregorio el Grande que tanta influencia tuvieron sobre éste.

También, junto a Froude, era muy devoto de la doctrina de la Presencia Real. Uno de sus sermones sobre la Eucaristia predicado en la Universidad le valió dos años de suspensión en su cátedra por parte del Obispo del lugar. También escribió, años después un libro sobre este tópico.

Escribió dos de los Tractos—uno acerca del ayuno, y otro sobre el bautismo. Los tractos se publicaban sin firma, pero como Pusey no compartía enteramente todas las doctrinas que se exponían en esos manifiestos, firmó sus dos tractos con sus siglas. La ironía es que después, muchos llamaron al Movimiento de Oxford, “Puseysm” y no sin razón. Newman lo expresó así:

Su gran sapiencia, su enérgica diligencia, su mente escolar, su sencilla devoción por la causa religiosa, simplemente me conquistó; y desde luego grande fue mi

júbilo cuando en los últimos días de 1833 se mostró dispuesto a hacer causa común con nosotros [los Tractarios]. El Dr. Pusey era, para usar una expresión común, una cantidad de cosas en una sola persona; fue capaz de darle un nombre, una forma y una personalidad al Movimiento que sin él no era más que una pandilla.

En 1836 organizó un equipo para traducir a los Padres, una colección que llegó a 48 volúmenes (la famosa “Oxford Library of the Fathers”), prologando el primer tomo con sus traducciones de las Confesiones y la Ciudad de Dios de San Agustín. Considérese que la BAC comenzó a traducir los Padres entre nosotros... ¡cien años después!

En 1843, Newman predicó por última vez en su pequeña capilla de Littlemore. El célebre sermón se llama “*On the Parting of Friends*”, sobre la partida de los amigos. Cuando terminó, Pusey ascendió al altar para proceder con las oraciones del ofertorio. Varios testigos contaron luego que le costó terminarlas, tanto lloraba.

Con todo, Pusey es el menos “Romano” de los cuatro—y quizás quien más se opuso a la decisión de Newman de convertirse al catolicismo. Así y todo, cuando Newman renunció a Oxford y dejó el lugar—no volvió sino 32 años después—Pusey fue el último en acudir a sus habitaciones a despedirlo.

Escribió numerosos tratados, tradujo a varios Padres, fundó las primeras congregaciones religiosas en la Iglesia Anglicana (todas habían sido suprimidas cuando la Reforma), construyó una Iglesia en la ciudad de Leeds y sólo unos pocos sabían de sus frecuentes ayunos, penitencias y beneficencias para los pobres.

¡Pusey! Todo el mundo que lo conoció lo quiso.

El 16 de septiembre de 1882 unos amigos lo encontraron moribundo en la cama, musitando palabras misteriosas. Se acercaron y vieron que estaba recitando el “*Te deum*”. Finalmente, con un último suspiro dijo las dos palabras que habían signado su vida toda: “*My God*”. Lo enterraron al lado de su mujer, en la nave central de la catedral de Christ Church.

Y uno no puede sino recordar lo que le escribió a Newman, a propósito de los últimos instantes de su hija Lucy.

Súbitamente sus ojos se abrieron notablemente y jamás he visto una luz semejante, como si ella hubiese visto lo que para nosotros permanece invisible.

Dominus illuminatio mea.

NEWMAN Y EL MOVIMIENTO DE OXFORD

Fellow.

Ya muy viejo, a Newman le dio por recordar la fecha que consideraba la más importante de su vida: se trata del 12 de abril de 1822. Su relación de lo ocurrido es tan vívida que, si alguna vez se hace una película sobre su vida, seguramente comenzará con los incidentes de ese día, tal como los recordó tanto tiempo después. Pero mientras no se haga la miniserie, adueñémonos del set, de las cámaras y con la imaginación hagamos nuestra propia película.

Vemos que de Oriel sale caminando hacia el centro de la ciudad un hombre fornido vestido con la librea de los mayordomos de Oxford. Camina apresuradamente y en su rostro se dibuja una sonrisa. Sube resoplando las escaleras de un albergue que hay en la esquina de Broad Street y Holywell—debajo hay una cafetería(y por fin llega a una puerta. Oye que adentro hay alguien tocando el violín. Golpea la puerta y la música cesa. Una voz juvenil ordena que pase. El mayordomo abre la puerta y ve en el medio del cuarto a un joven alto—apenas si tiene 21 años de edad—con el violín. Siguiendo una vieja costumbre humorística de la Universidad, el mayordomo le anuncia que lo siente mucho, pero que “tiene el desagrado” de hacerle saber que Mr. Newman ha sido elegido “Fellow” de Oriel y que se requiere su inmediata presencia. El joven se mantiene impertérrito, frunce los labios ante un criado que se permite hablar con semejante licencia a un universitario y le contesta flemáticamente, “*Very well*, muy bien, puede retirarse nomás”, retomando su violín como si nada. El mayordomo baja las escaleras confundido y se encuentra con otro estudiante (podría ser Pusey, pues ambos convivían por entonces en el mismo albergue por falta de lugar en Trinity College donde estudiaban). Le pregunta si efectivamente ésas eran las habitaciones de Master Newman. Sí señor, contesta Pusey, ¿por qué lo pregunta? Lo han elegido “fellow” de Oriel, pero ha tomado la noticia como si nada.

El mayordomo vuelve hacia Oriel sacudiendo la cabeza. En treinta años de servicio jamás había visto una reacción así. Newman lo contempla desde la ventana y en cuanto desaparece de su vista, arroja el violín a la cama, se pone la levita, toma el sombrero y sale corriendo escaleras abajo. Se topa con Pusey que le pregunta si es verdad que... el joven contesta que sí, riendo, mientras continúa su carrera en dirección al *college* que lo ha

elegido “Fellow”.

Es, cómo no, una escena de película. Porque además, muchos se anotician de la cosa antes que el propio Newman. Enterados del fenomenal logro de su “*scholar*” las autoridades de Trinity han echado a volar las campanas de sus tres torres y mientras tanto algunos que encuentra a su paso le dan la enhorabuena al joven que corre hasta llegar al lugar donde había dado sus exámenes “*viva voce*”, escasas 24 horas antes, en una de las torres de Oriel. Allí lo esperan las autoridades que lo han elegido, el Provost Copleston y la media docena de “fellows” de Oriel.

Ese mismo día Newman le escribió a su amigo Bowden:

Cuando Keble se acercó para felicitarme, me sobrecogí y casi me traga la tierra, tanta vergüenza me daba haber accedido a tan alto honor.

Tiene, lo repito, tan sólo 21 años. Pero no se trataba sólo de una cuestión honorífica. Su padre había quebrado poco antes y si bien el joven Newman había ganado unos años antes una beca para continuar sus estudios en Trinity, al obtener un “fellowship” en Oriel se lo relevaba definitivamente de tener que pensar en cómo ganarse la vida, se le aseguraba una vida universitaria por el tiempo que quisiese y la posibilidad de entregarse enteramente a una carrera eclesiástica, al estudio y la contemplación. Cincuenta años después escribió que nunca olvidaría

...los elocuentes rostros e interesadas caras de los mercaderes con quienes me cruzaba quienes se habían enterado de la nueva y que entendían perfectamente por qué aquel joven cruzaba desde St. Mary’s hacia la senda contraria a tan extraordinaria velocidad.

Es que si no hubiese accedido al “Fellowship” seguramente se habría visto obligado a adoptar una profesión liberal para mantener a los suyos, renunciar al ocio contemplativo, casarse y en fin... llevar una vida en el mundo. Aquí podríamos recordar los casos igualmente dramáticos de algo similar ocurrido a dos “descendientes” de Newman, muchos años después: a C.S. Lewis casi lo bochan y obtuvo un “Fellowship” en Magdalen College raspando, cuando su padre ya lo había anoticiado que no podía continuar solventando sus estudios. A Belloc lo bocharon cuando se presentó como candidato a fellow del All Souls College—probablemente por su condición de católico—y se pasó la vida lamentando no haber podido continuar con su vida universitaria.

En el caso de Newman, le debemos gratitud a la decisiva política del entonces Provost de Oriel. Años después, el Dr. Copleston dijo que el caso de Newman había reivindicado su convicción de que no había que elegir “fellows” en mérito solamente a elevados logros

académicos en términos convencionales sino que también había que valorar altamente cualquier distinción intelectual y toda muestra de originalidad.

Lo ocurrido años después confirmó una y otra vez que Copleston había tenido razón y que la elección de Keble, Newman, Froude y Pusey como “fellows” cambiaría la historia misma de la Universidad—por no decir la de la misma Inglaterra.

Newman joven.

En esos años, el hermano menor de Richard Hurrell Froude, James Anthony—famoso luego por su Historia de Inglaterra—lo conoció a Newman. Al principio simpatizó con el Movimiento de Oxford y su mentor, mas luego se fue alejando, apostató de la fe y terminó como perfecto escéptico.

Tanto más notable por recordarlo así en unas memorias escritas cuando muy viejo, en 1899:

[La apariencia de Newman] era notable. Era alto, delgado y enjuto. De cabeza grande, su rostro era curiosamente parecido al de Julio César. Por la frente, la forma de sus orejas y de su nariz era prácticamente idéntico. Muchas veces he reflexionado sobre el parecido y he llegado a creer que eso se extendía también a su temperamento. En ambos había una fuerza de carácter original—ambos refractario a las circunstancias que los rodeaba, gente resuelta a forjarse su camino y convertirse en una influencia sobre los que los rodeaban; ambos con una aguda percepción intelectual, un desdén por las convenciones, un temperamento imperativo y voluntarioso, mas junto con eso unas muy atractivas maneras, dulzura de trato, sencillez de corazón y cándidos propósitos. Ambos habían sido formados por la naturaleza para mandar; ambos tenían el don de concitar apasionada devoción y lealtad de amigos y seguidores; y en ambos casos, también, tal vez la devoción que concitaban se debía más a su ascendencia personal que no tanto al hecho de ser los líderes de sus respectivas causas. Fue César y no el principio imperial el que derrocó a Pompeyo y la constitución. “Credo in Newmannum” era una frase común en Oxford e inconscientemente constituye la fe de nueve décimos de los conversos a Roma.

La etopeya no está mal y se condice perfectamente con los retratos (pictóricos, fotográficos e interiores) que tenemos de él.

Su madre refirió en una carta que en cierta oportunidad, siendo John muy pequeño, juzgó que no debía hacer lugar a una de sus insistentes peticiones.

“You see, John, you can’t always have it your way”.

“Yes mother”, contestó el niño, “but I tried very hard”.

(“Ves, John, que no siempre te podés salir con la tuya.” “Sí madre, pero me empeñé seriamente”).

Claro que su tenacidad es sólo parte de una personalidad polifacética, difícil de definir en pocas palabras y que a quiénes no lo conocieron bien—o que no simpatizaban con él—se les aparecía como contradictorio: inteligente y sencillo, sensible y tenaz, débil y extraordinariamente obstinado.

Por lo demás, tenía una interioridad notable—de la que nos enteramos por su pluma, no sólo por su famosa “Apología” sino por sus aproximadamente cuarenta mil cartas que fueron reunidas en 39 volúmenes.

Newman por dentro.

Aun así, con semejante cantidad de material a nuestra disposición y las más de un centenar de biografías que sobre él se han escrito, resulta hartito difícil entenderlo. No seré yo tan presuntuoso de intentarlo aquí. Mas querría apuntar alguna que otra cosa sobre su alma que me parecen de notar. A los veintipico de año, quiso dejar constancia de cosas de su infancia que luego reprodujo en su “Apología”:

Me acuerdo que deseaba con toda mi alma que “Las Mil y una Noches” fueran verdad: mi imaginación corría bajo influencias enigmáticas, estaba influenciada por poderes mágicos y talismanes... Pensaba que a lo mejor la vida toda era un sueño, o que tal vez yo fuera un Angel, y que el mundo entero era un gran engaño, que mis compañeros angelicales se habían escondido juguetonamente y que ahora me divertían con la semblanza de un mundo material.

Como vemos, no es un niño común. Pero ya a los veinticinco años de edad había leído la “Analogía” del obispo Butler que, dice él, lo confirmó en lo que le había dicho Keble, que

...los fenómenos materiales son tipos e instrumentos de cosas verdaderas e invisibles.

A Newman nunca le atrajo la pompa y circunstancia de este mundo, la fama, las riquezas, el prestigio, el poder eran todas cosas que se le antojaban perfectamente ilusorias y nunca se vio tentado por tales cosas. Sólo la belleza de la creación ejercía alguna fascinación sobre él, y en una carta a una hermana, describiendo las bellezas de Devonshire—había pasado una temporada en lo de los Froude—le dijo que tenía que luchar contra la tentación

que tanta belleza ejercía sobre su alma, tentación, escribió, de “instalarse” en este mundo.

Pero en rigor, para Newman, desde muy chico y hasta el final de sus días—lo dijo innumerables veces—sólo existían dos cosas enteramente reales: Dios y él mismo.

También de aquí sus convicciones respecto de los ángeles, que, dice él, sacó de la lectura de los Padres alejandrinos y que debo reproducir aquí, pues estamos en San Miguel y, si nos obligan a decirlo, somos de San Miguel, qué tanto:

Los veía [a los ángeles], no sólo como ministros empleados por el Creador tanto en la dispensación judía cuanto en la cristiana, tal como aparecen a primera vista en la Escritura, sino también (algo que se infiere de la misma Escritura) como llevando adelante la Economía del Mundo Visible.

Me he explayado sobre esta doctrina en mi Sermón para la fiesta de San Miguel, escrito no después de 1934 [...].

[En aquella oportunidad preguntaba] ¿Cuáles no serían los pensamientos de un hombre cuando al examinar una flor, o una brizna de pasto, o una piedra, o un rayo de luz—cosas todas que trata como muy inferiores a él en la escala de la existencia—si de repente descubriera que estaba en presencia de un ser poderoso escondido detrás de las cosas visibles que estaba examinando, quien, aunque escondiese su sabia mano, les estaba dando su belleza, su gracia y perfección, como instrumentos de Dios para tal propósito?

¡No, más que eso! ¿Qué pensaría si descubriese que esas objetos que examinaba minuciosamente eran el adorno y la borla de los vestidos de aquel ser poderoso e invisible?

Como vemos, Newman vive pendiente de lo invisible, pero eso no lo vuelve menos atento, respetuoso y reverente respecto de la creación material.

Ward ha dicho con acierto que toda su eclesiología gira en torno a este asunto, pues él siempre entendió como sacramentalmente a la Iglesia cuya incumbencia específica consiste en representar concretamente las cosas invisibles. *Per visibilia ad invisibilia*.

Y que cuando dejara de cumplir con esa misión habría llegado la Gran Apostasía.

Edad, gracia y sabiduría.

Durante los primeros años en Oriel se encontró perfectamente solo. Sus amigos de Trinity habían dejado la Universidad y en su nuevo College era demasiado joven y tímido como para relacionarse con los demás—con la excepción de Pusey, a quien, como ya dijimos, había conocido en el albergue de Broad Street.

Pero en 1826 fue designado tutor y la fuerza de su personalidad comenzó a hacerse sentir sobre sus pupilos. Uno de ellos dijo de él lo siguiente:

He aquí un hombre que cuando calla, pareciera que nunca empezará a hablar. Y cuando comienza a hacerlo, pareciera que nunca va a parar.

Si no les suena eso... Uno tiene la impresión de que se cumple en él a la perfección aquello que dice Cristo, que “de la abundancia del corazón habla la boca” y que, claro, un alma tan profundamente meditativa, un intelecto tan incisivo y un corazón tan sensible rebalsaba con cosas que, por aquello del “*bonum diffusivum sui*”, no pudo retener para sí y se vio obligado a comunicar.

El predicador.

A sus veintisiete años, Newman fue designado párroco de St. Mary’s, la iglesia universitaria por excelencia, y comenzó la serie de homilias que tanta fama han tenido—Bouyer dice que hicieron tanto por el Movimiento como los mismos tractos. Lo cierto es que seis años después, ya aparecían publicadas en forma de libro, bajo el engañosamente simple título de “Sermones Parroquiales”.

Hasta ese momento muy pocos universitarios concurrían a los sermones en St. Mary’s. Pero muy pronto comenzó a correr la voz de que las homilias de Newman eran algo diferente y la iglesia comenzó a llenarse de bote en bote, todos los domingos, a las cuatro de la tarde. Un tal Shairp lo recuerda así:

El servicio era muy sencillo—nada de pompa, ningún ritual; pues era característico en los líderes del Movimiento que dejaran esas cosas a sus hermanos más débiles. Acerca de los sermones, lo más notable era la belleza, de tonos plateados, de la voz de Newman [...]

Cuando empezaba a predicar, un extranjero no se vería muy impresionado—sobre todo si estaba acostumbrado a la oratoria de púlpito del tipo Bonaerges. Aquí no había vehemencia, declamación, ningún aparato de elaborada argumentación, de tal modo que quien concurría esperando un gran esfuerzo intelectual se habría retirado decepcionado. [...] Su oratoria tenía la peculiaridad de que el oyente no habitual debía acostumbrarse un tanto a las raras entregas de Newman. Cada sentencia por separado, o al menos cada corto párrafo, era dicho velozmente, aunque con clara entonación; y luego a su final, se veía seguido de una larga pausa, tal vez de medio minuto; luego otro párrafo claramente articulado, pero dicho rápidamente, seguido de otra pausa.

Acostumbrarse a esto no era fácil, mas una vez habituados a su ritmo, un maravilloso encanto descendía sobre quien lo oía. La mirada y aspecto del predicador parecía de uno que vivía muy lejos de los asuntos del mundo, de uno que conocía perfectamente las cosas del tiempo y que sin embargo se mantenía al margen de ellas. Desde la reclusión de su estudio, ayuno y oración, desde su habitual residencia entre las cosas invisibles, parecía salir ese único día en la semana de su retiro para hablarnos de las cosas que había visto y conocido [...]

Llamar elocuentes a estos sermones sería errar el viscachazo; más bien eran poemas elevados, como de un cantante inspirado, como palabras de un profeta en éxtasis y que sin embargo se mantiene en posesión de sus facultades. Y el tono de su voz, una vez que uno se acostumbraba a ella, sonaba como la escondida trama de una música celestial.

Después de oír estos sermones uno podía volverse sin creer aún en las peculiares doctrinas de los “High Church”; mas debía ser un hombre particularmente endurecido el que no se sintiese más avergonzado que nunca por la torpeza, egoísmo y mundanidad que nos caracteriza—si no sentía, como nunca antes, las cosas de la fe, colocadas muy cerca del alma.

Son incontables los testimonios parecidos de quienes oyeron estos sermones de Newman y que intentaron justificar su notable repercusión. Y no sólo Shairp se detuvo a analizar su voz. También un agnóstico, como Mathew Arnold:

[Newman tenía] una voz encantadora que con magia de ensalmo rompía el silencio con palabras y pensamientos que parecían como de una música religiosa—sutil, dulce, melancólica.

Y sin embargo, Newman rompía con todas las reglas de la oratoria. Se tenía perfectamente quieto, jamás gesticulaba y su voz se mantenía monocorde. Además no se apartaban sus ojos del texto que tenía ante sí y que leía—lo que por entonces era considerado una especie de pecado. Y sin embargo... Con todo, resulta difícil imaginar las razones de un público tan numeroso cuan entusiasta, sobre todo porque él consideraba a la prédica—lo dijo muchas veces,

No tanto como un medio de conversión, cuanto un testimonio contra el mundo.

Y además, Newman tenía en claro que los hombres no se convierten a fuerza de silogismos. Así lo explicó en una famosa carta de 1841:

Comúnmente se llega al corazón de los hombres, no a través de la razón, sino a través de la imaginación, a través de impresiones directas, por medio del testimonio que dan los hechos y sucesos, por medio de la historia, por medio

de una descripción. Las personas ejercen influencia sobre nosotros, ciertas voces derrumban nuestras defensas, ciertas miradas nos dominan, ciertos hechos nos entusiasman. Puede que haya más de uno que viva y muera por un dogma: ningún hombre será mártir por una conclusión [...] Después de todo el hombre no es un animal razonador; es un animal que ve, que siente, que contempla y que actúa. Sobre él ejerce influencia sólo lo que aparece como directo y concreto [...] La historia de la Cristiandad es una historia sobrenatural y casi escénica: nos habla sobre Su Autor, y lo hace contándonos lo que hizo.

Y así es como recuerda su prédica el ya agnóstico James Anthony Froude:

Nadie que haya oído sus sermones de aquellos días podrá jamás olvidarlos. Pocas veces eran directamente teológicos. Ya bastante teología teníamos de parte de los predicadores más convencionales de la Universidad. Newman, haciendo pie en algún personaje de las Escrituras nos hablaba a nosotros de nosotros, de nuestras tentaciones, de nuestras experiencias. Sus ilustraciones eran infinitas. Parecía que se dirigía a la más secreta conciencia de cada uno de nosotros—como los ojos de un retrato que parecen seguir a cada uno de los que están en una habitación. Nunca exageraba, nunca era irreal. Un sermón suyo era un poema, formaba una idea clara, fascinante por su sutileza, bienvenida ¡cuán bienvenida! por su sinceridad, interesante por su originalidad, aun para aquellos que no tenían especial interés en la religión; mas para aquellos que querían ser religiosos pero que se habían topado con una religiosidad seca y fatigosa, era como una fuente de agua fresca que brotaba de una roca.

La tentación.

Señores, Newman se me hace infinito. Yo me he sorprendido aplicando un tanto irreverentemente el latinazgo mariano a nuestro autor: “*De Newman, nunquam satis*”. Y ahora desespero de decirles esta noche siquiera un diez por ciento acerca de su personalidad, escritos, doctrina, gestas, psicología, vínculos, enemistades, disgustos y santidad. Y además, una especie de reverencia me ata la boca impidiéndome formular alguna cosa sobre él y lo que ha dicho y hecho que no esté perfectamente documentada o dicha por quien tiene más autoridad que yo.

Como Louis Bouyer, por ejemplo, que avala al P. Przywara S.J. cuando dice que lo que fue Agustín para el mundo antiguo y Tomás de Aquino para la Edad Media, Newman lo es para el mundo moderno.

Ahora bien, sucede que cuando murió, su sobrina, Anne Mozley, publicó una versión

censurada de algunas cartas y diarios de su tío. Aquí nos interesa una de esas memorias intitulada “Mi enfermedad en Sicilia”. Bouyer descubrió que las censuras de la Mozley—igual que las sufridas por Sta. Teresita a manos de su hermana—amputaban cuestiones fundamentales. Como lo explica el gran Oratoriano:

Si Newman hubiese podido releer sus memorias censuradas habría protestado que era como leer a Hamlet sin el príncipe de Dinamarca.

¿Falta el Príncipe de Dinamarca? No, en las memorias censuradas, falta el Diablo.

Sucedió así: en 1833, después de terminar su primer libro—Los Arrianos del s. IV—quedó agotado y resolvió aceptar la invitación de Froude y su padre para ir de viaje a Italia. Newman resolvió quedarse solo un tiempo más en Sicilia. Allí le ocurrieron cosas tremendas, empezando por caer gravemente enfermo y a merced de un campesino italiano, Gennaro, que lo cuidaba con solicitud—aunque también con una buena dosis de sorna acompañada de una especie de sutil extorsión que le posibilitaba el hecho de que “su” enfermo se hallaba completamente desvalido, y que no sabía una papa de italiano. Mas no es Gennaro el protagonista de lo que hay que contar aquí.

Así describe Newman el inicio de sus tribulaciones:

De manera completamente inesperada, arribo a Sicilia y el diablo piensa que ha llegado su hora. Estaba en sus manos. A partir de ese momento, todo empezó a andar mal [...]

Si me apuran diría que el diablo vio que yo debía ser un instrumento útil y que se esforzó en destruirme. La fiebre era de las más peligrosas; durante una semana entera fui abandonado por quienes me cuidaban y la gente moría a mi alrededor; sin embargo, a través de todo esto, me mantenía confiado en que iba a curarme. Se lo dije a mi criado y le dije la razón (aun cuando deliraba a medias mientras me ocupaba de darle la dirección de mis amigos en Inglaterra para que les comunicara mi fallecimiento): pensaba que Dios me tenía preparada una misión. Tales fueron exactamente mis palabras, creo, cuando, habiendo pasado la fiebre, me encaminaba hacia Palermo, tan débil que no podía caminar por mí mismo. Y en la mañana del 26 o 27 de abril, me senté en mi cama sin poder dejar de sollozar y sólo era capaz de repetir que no podía dejar de pensar que Dios me tenía reservado algo para hacer en Inglaterra. Le repetía esto a mi criado para quién, naturalmente, estas palabras eran perfectamente ininteligibles...

Fue atacado duramente por el diablo, con delirios y fantasías, pero también con escrúpulos—que, ya se sabe, son poderosos para inquietar a un alma sensible como la de Newman:

Me comparaba con Keble, y sentía que no hacía sino desarrollar convicciones que eran de él, no las mías.

Amo la verdad, pero no la poseo, puesto que creo ser, en realidad, una persona casi sin profundidad, esto es, con poco amor, con poco renunciamiento. Creo que tengo un poco de fe; eso es todo.

“Amo la verdad, pero no la poseo”. Desde luego, Dios permite esta clase de tentaciones para que el cristiano profundice su fe. Y así, Newman salió acrisolado de esta tentación en particular “poseyendo” la verdad y “realizándola” con enorme eficacia. (Con lo que podemos completar las atinadas reflexiones de Pieper acerca de Boecio y su aparente “ateísmo”). Por lo demás, muchos años después, en su Gramática del Asentimiento, distinguiría cuidadosamente entre el asentimiento “nocional” y el asentimiento “real”, nociones sobre las que haríamos bien en reflexionar (“realmente”) un poco más.

Por lo demás el demonio le hacía creer que todo lo que había hecho hasta entonces era por amor propio, por voluntad propia. Y luego, que su vida acabaría muy pronto, que había sido todo de balde. Y más adelante, todavía, que todo lo que había hecho hasta entonces era por pura vanidad.

Como digo, de aquí salió otro Newman, purificado, entusiasta, energizado, como sólo sucede con aquellos que estuvieron al borde de la muerte y sienten que resucitan. En el barco de vuelta a Inglaterra compone el más célebre de sus poemas “Lead, kindly Light”, al que se le ha puesto música y que se canta como himno en toda Inglaterra—tanto en templos católicos cuanto en los anglicanos (con excepción del Oratorio de Birmingham mientras él vivía, pues a él le parecía que revelaba impudicamente su más íntima intimidad).

Lead, kindly Light.

Antes de traducir otra cosa—y hay mucho—de Newman, sugiero que se comience por una buena traducción de esta poesía. A mí la tarea me excede con lo que me conformaré con una traducción en prosa de sus magníficos versos:

Guíame, dulce luz,
entre las tinieblas que me envuelven,
¡Condúceme!
Negra es la noche, y ¡cuán lejos el hogar!
¡Guíame!

Guarda mis pasos, pues no pido ver
Paisajes distantes: me basta con un
solo paso por vez.
No siempre fui así; no siempre pedí
Que tú me condujeras;
Amaba elegir y preveer mis caminos,
mas ahora
Guíame..
Amaba el resplandeciente día y a pesar de mis temores
El orgullo dominaba mi querer:
no te acuerdes de mis años pasados.
Si durante tanto tiempo Tu poder me ha bendecido,
Seguro que puede contar con que me conduzca todavía un tiempo
A través de tierras y pantanos, riscos y torrentes,
Hasta que la noche acabe,
Y con la aurora sonrían aquellos rostros angelicales
Que tanto tiempo amé y que perdí por un instante.

El martes 9 de julio de 1833 llegó a su casa rejuvenecido, entusiasmado, renovado. Había vencido las tentaciones del desierto y comenzaba su vida pública. Bien podría recordar entonces la divisa que Froude había elegido para la “Lyra Apostólica”, no sé si se acuerdan, la que sacó de Homero:

Ahora que he vuelto, conoceréis la diferencia.

Cinco días después, el domingo 14 de julio, Keble pronunció su famoso sermón sobre la Apostasía Nacional y el Movimiento de Oxford se ponía en marcha.

El Movimiento de Oxford.

En cuanto comenzó lo que luego dio en llamarse el Movimiento de Oxford, se dividieron las aguas en términos que nos resultarán harto familiares. Por una parte, nueve días después del sermón de Keble, Hugh Rose convocó en su parroquia de Hadleigh a una reunión en la que se juntaron varios notables de aquel tiempo, entre los que se destacaba William Palmer, Perceval y otros. Hurrell Froude concurrió y escandalizó a aquellos

personajes con frescas referencias a una iglesia que él encontraba asentada, congelada, conventualizada, como tal vez diría un siglo después Castellani, refiriéndose a la Compañía. Lo cierto es que volvió refunfuñando porque le pareció que no lo tomaban en serio—sobre todo porque era más joven que aquellos encumbrados clérigos.

Pero Newman ni siquiera fue y le explicó luego a Froude por qué:

No triunfaremos por ser muchos, sino por ser pocos: la salud de la Iglesia se obtiene con personas, no con reuniones de comité.

Ahora bien, esta diferencia entre Newman y sus amigos por un lado, y los que habían concurrido a la reunión de Rose, se afina en algo más profundo que nuestro héroe había detectado tiempo atrás. Y es que entendía que los vientos secularizantes del Estado inglés arrasaban con la Iglesia Anglicana, por culpa de ésta y que lo que había que hacer era vigorizar a la Iglesia, volver a las fuentes y convertir a los cristianos en cristianos. En modo alguno coincidía con aquellos que sólo pensaban en reforzar el “status quo” imperante, como suelen querer los conservadores de todos los tiempos.

Se ha dicho que un liberal es quien quiere quitar lo malo y un conservador quien quiere preservar lo bueno.

Pero un cristiano dendeveras no es lo uno ni lo otro y ambas cosas: conserva lo bueno y quita lo malo: pero dentro del aprisco. Y demasiadas veces los “tories” de todos los tiempos son—de hecho—mercenarios que no tienen interés en las ovejas, ni las conocen una por una. Como diría Castellani, por desalmados no ven las almas. Ya ven por donde se enlazan las dos cuestiones: unos recurren a medios poderosos—poder, prestigio, plata—para conservar el “status quo” y los otros recurren a medios débiles—verdades, ejemplo, humildad—para cuidar de las ovejas. Y meditan frecuentemente en la parábola del Buen Pastor.

Newman había intuído esto mucho antes. En una carta a su madre de 1829, le escribía lo siguiente:

El partido de la Iglesia carece de dones intelectuales. No tiene actividad, viveza, ductilidad, elocuencia ni sentido práctico. ¿En qué se asienta, pues? En prejuicios y beaterías.

Newman en cambio, estaba resuelto a convertir a los cristianos de letrerito en cristianos de verdad y con ese talante se inauguró el Movimiento de Oxford, hecho de estudio y oración, santidad personal e implacable crítica de la modernidad.

Y así nació la idea de los Tractos, idea de Newman que escribió el primero y que tanto

impacto hizo en la aburguesada cristiandad inglesa. Al principio eran muy cortos, casi panfletos destinados a llamar la atención; mas a medida que fueron ganando terreno entre universitarios y clérigos de todo el país, los tractarianos se animaron a escribir cosas de más fuste, pequeños tratados que demostraban que la Iglesia Anglicana necesitaba volver a los Sacramentos, a los oficios litúrgicos antiguos y a estudiar a los Padres. En total fueron 90, 35 de los cuales fueron escritos por Newman.

Pusey se pasó con su tracto sobre el Bautismo—que ¡excedió las 300 páginas!

Los enemigos.

A los protagonistas del Movimiento, como no podía ser de otro modo, no le faltaron enemigos. Pero el blanco central de las críticas era Newman. Lo que se comprende fácilmente si se tiene en cuenta lo que nos cuenta Shairp:

La influencia que cobró, aparentemente sin buscarla, fue algo completamente sorprendente, sin paralelo en aquel tiempo. Gradualmente se fue consolidando una misteriosa veneración por él que llegó a hacernos pensar que se trataba de otro Ambrosio, de un Agustín redivivo, paseándose entre nosotros. El mismo cuenta que un día, siendo estudiante de Trinity un amigo con el que caminaba por una de las calles de Oxford le señaló con enérgica admiración: “Ahí va Keble” y Newman quedó atónito ante la veneración con que su amigo lo decía.

Pero unos años después, lo mismo ocurría con él. Al verlo en el sendero que conduce a Oriel los estudiantes menos comprometidos y más superficiales bajaban el tono de voz y susurraban “Ahí va Newman” mientras él pasaba silenciosamente y ágilmente, la cabeza hacia adelante con una mirada fija en lo que parecía una visión que sólo él contemplaba. Un gran silencio caía a su alrededor mientras pasaba, como si se tratara de una aparición.

Desde luego, esto no hizo sino acrecentar la enemiga en torno suyo de los anglicanos más conservadores, más aburguesados y más protestantes. Se lo acusó de papista encubierto, de ególatra, hasta de jesuita—lo que en el contexto, equivalía a doblez.

Cuando publicó su último Tracto, el n° 90, en donde demuestra que los “39 Artículos” de la fe anglicana no habían sido concebidos como respuesta al Concilio de Trento y que, por el contrario, eran susceptibles de una interpretación católica, se armó un revuelo tan grande que Newman tuvo que aceptar, por fin, que en la Iglesia Anglicana no era mucho más lo que podía hacer. En su “Apología” contó cómo,

En cada rincón del país, y en todos los ambientes, en cada diario, en todas las

revistas, en reuniones, desde los púlpitos, en las sobremesas, en los bares y trenes era denunciado como un traidor que por fin había declarado la guerra abiertamente contra el Establishment que había sido honrado durante tantos años.

A pedido de su obispo, suspendió los Tractos. Con todo, negó a retractarse de sus términos y—puesto que uno de los pilares principales del Movimiento había sido sostener el principio de la obediencia a la jerarquía—se dio cuenta de que debía renunciar a St. Mary's, al Fellowship de Oriel y, dicho brevemente, a Oxford.

Por lo demás, a Pusey lo suspendieron por dos años de su cargo de Profesor en un escandaloso e inaudito proceso inquisitorial a cargo de seis teólogos—y sin que se le diera derecho a defenderse. ¿El cargo? Haber predicado sosteniendo la Presencia Real en la Eucaristía.

Era su derrota y el fin del Movimiento de Oxford, que así, duró algo de diez años entre 1833 y 1843. Pero él entendió perfectamente quién había triunfado. En su “Apología” lo dijo con todas las letras:

La idea que más fuerza hacía en mi alma [...] consistía en una clara anticipación, eventualmente verificada en los hechos, de que todo esto terminaría con la victoria del Liberalismo. Yo había puesto todo mi empeño en luchar contra el principio anti-dogmático; y sin embargo, de hecho, estaba trabajando más que ningún otro en su favor. Yo había sido uno de los que había conseguido mantener al Liberalismo a cierta distancia de Oxford; y por tanto mi retiro fue su triunfo. Los hombres que me habían echado de Oxford eran, sin ninguna duda, los liberales; fueron ellos que iniciaron el ataque contra el Tracto 90, y fueron ellos los que se beneficiarían en cuanto me retirara de la Iglesia Anglicana.

Conviene tener esto en cuenta: al igual que tantos más, Newman fue toda la vida un “derrotado” (y mucho más, dentro de la Iglesia Católica). Pero no, no por eso se “malogró”, como me escribió sobre Castellani un católico conservador de los que conocemos tantos (¿se “malogró” Castellani, se “malogró” Newman? Sí, bueno, como Cristo).

Conversión.

La historia de su conversión al catolicismo es demasiado compleja y conocida para contarla aquí. Baste con remitir a su novela autobiográfica “Perder y ganar”—de las pocas cosas de Newman que se consiguen en castellano.

Ganó la fe católica, nada menos. Pero perdió casi todo lo demás. Dejó el púlpito de la Iglesia de St. Mary. Dejó atrás a infinidad de amigos, entre los más señalados a Pusey y Keble. Dejó atrás la fama y la influencia, el trato considerado de autoridades y nobles. Dejó atrás a su familia—su madre y hermanas estaban escandalizadas con su conversión al catolicismo y dejó atrás, para que cada uno hiciera lo que le plazca, centenares de discípulos, algunos de gran fama como Rogers, los hermanos Wilberforce, Gladstone—que con los años sería Primer Ministro y tantos más. Ingresó a la Iglesia Católica en perfecta soledad, desprendimiento, desamparo y pobreza.

¿Y por qué? ¿Por qué diablos? Pues aquí pondremos la sexta nota al Movimiento de Oxford, que es la nota distintiva de Newman: *“truth for its own sake”*, la verdad por sí misma, la verdad por la verdad misma. Y tan loco es el amor que tiene por la verdad que deja todo por seguirla. Incluso a sus mejores amigos, por aquello de Aristóteles que nunca hemos de olvidar: *“Amicus Plato, sed magis amica veritas”*.

Con el paso de los años, siguieron su ejemplo no menos de 700 clérigos y estudiantes de teología de todo el país.

Con el paso de los años, la Iglesia de Roma reinstaló sedes episcopales en Inglaterra. Con el paso de los años Newman fundó un colegio en Birmingham en cuyas aulas estudiaron Belloc y Tolkien entre otros notables beneficiados. Con el paso de los años publicó la Apología, el libro más vendido en Inglaterra durante treinta o cuarenta años. Luego lo hicieron Cardenal y adoptó como lema *“Cor ad cor, loquitur”*. Luego falleció.

Pero también con el paso de los años se convirtieron al catolicismo por influencia de su vida y obras Gerard Manly Hopkins, Roberto Hugh Benson, Edward Elgar, Maurice Baring, Ronald Knox, Christopher Dawson, G. K. Chesterton, Evelyn Waugh e incontables autores más que le dieron al catolicismo inglés su impronta tan insigne.

¿Cómo terminar esto?

Quizá con el testimonio del ya citado James Anthony Froude, con el “plus” que cuando escribió lo que sigue, ni siquiera profesaba ser cristiano.

Se ha dicho de él que era insidioso, que había guiado a sus discípulos hacia conclusiones previamente concertadas y cuyo propósito ocultó arteramente. Al contrario, era el más transparente de los hombres. Nos dijo lo que él creía que era verdad.

No sabía adónde eso lo conduciría.

Recordemos entonces, por fin, las seis notas que aquí le hemos puesto al Movimiento de

Oxford. Que eran buena, gente, ¿se acuerdan? Keble, Pusey, Froude y Newman. Que eran buenos amigos de sus amigos. Que eran muy estudiosos. Sobre todo de la Escritura y de los Padres. Que eran poetas y que le asignaban especial importancia a que se le tributara a Dios un culto digno, en “espíritu y en verdad”. Que amaban a la verdad por encima de cualquier otra cosa. Y que la amaban “*for its own sake*”, por sí misma, sin cálculos, sin reflejos, sin tapujos, sin límites. Apasionada, consistente, locamente.

“For its own sake.”

Y de aquí la moraleja para nosotros, la relevancia de esta historia para nosotros, los descastados católicos de la Bella Vista del s. XXI. Rodeados como estamos de tinieblas, “*amid the encircling gloom*”, hemos de seguir la luz de la verdad que vemos y nada más. Por eso no damos gran cosa por las maquinaciones, los manipuleos, sombreroazos, golpes, revoluciones, revistas o congresos. Por eso quedamos al margen de las retrancas lefebrianas, y desconfiamos de los countries católicos, las maniqueas campañas pro-vida y las peregrinaciones, adoraciones, retiros y no sé cuántas movidas más, en la medida en que olviden, desprecien, u oculten la verdad.

Toda la verdad que podamos ver, por oscuro que esté.

Guíame, dulce luz. ¿Luz? Sí, la que menciona el Prólogo del Evangelio de San Juan.

Apareció un hombre, enviado de Dios, que se llamaba Juan.

El vino como testigo, para dar testimonio acerca de la luz, a fin de que todos creyesen por Él.

Él no era la luz, sino que vino para dar testimonio acerca de la luz.

Quizá no sea impertinente citar el texto sagrado en inglés:

There was a man sent from God, whose name was John.

Sí señores, John Henry Newman, que alumbró la noche con su santidad, fervor e inteligencia.

Dominus illuminatio mea.

Bella Vista, invierno de 2006

Mail to: tollers.jack.at.gmail.com

Visite mi página en: www.cuadernas.com.ar/etvoila.php

